

UNA NOCHE DE PRIMAVERA SIN SUEÑO
Enrique Jardiel Poncela

UNA NOCHE DE PRIMAVERA SIN SUEÑO

Enrique Jardiel Poncela



<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.

Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada esté completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Comedia humorística en tres actos, estrenada
en el teatro Lara, de Madrid,
el día 28 de mayo de 1927

CIRCUNSTANCIAS EN QUE SE IMAGINÓ, SE ESCRIBIÓ Y SE ESTRENÓ

UNA NOCHE DE PRIMAVERA SIN SUEÑO

En los principios del año 1927, mi situación económica era insostenible.

Tenía gastos mensuales que se elevaban a 1.200 pesetas e ingresos fijos por valor de 25 duros.

No obstante, era feliz.

Literariamente, me hallaba en esa angustiosa situación del escritor que carece de la fama suficiente para ganar con su pluma lo necesario, pero que se ha adquirido ya el renombre bastante para no considerarse fracasado en la profesión ni buscarle rumbos nuevos a su actividad.

En lo particular, adoraba a una muchacha guapísima, con cuya colaboración había formado hogar el año anterior. (185 pesetas mensuales de piso, más portera, sereno, luz, gas, carbón, compra, servicio, ropa, extraordinarios, imprevistos, etc., 1.200 PESETAS—la vida estaba entonces baratísima—y, a cambio de ellas, esa cosa de la que tanto han hablado los poetas y con la que antiguamente se limpiaban los picaportes: AMOR...)

En enero, la situación era insostenible, según ya he dicho; se hacía del todo imposible seguir adelante, y así lo reconocimos ambos en una conversación patética que mantuvimos entre lágrimas una noche. Llegaba el momento de los *grandes remedios*, había que separarse y nadar cada uno por un lado en busca de la salvación. Ya volveríamos a reunirnos más tarde, cuando hubiésemos vencido la tormenta.

Durante toda la noche planeamos nuestra decisión, ya sin lágrimas, ya con la serenidad de lo concertado. Todo quedó resuelto. Amanecía el 2 de febrero. El mes anterior no habíamos podido pagar el alquiler de la casa; no se pagaría más. Yo acudiría aquella mañana a la Caja de la Sociedad de Autores, donde solía cobrar algunos duros mensuales de *couplets*. Con ese dinero, *ella* se iría a una pensión y emprendería su lucha

por la vida. Yo, por mi parte, levantaría la casa, vendería todo lo vendible, le daría la mitad del producto de las ventas y me instalaría en otra pensión, a emprender mi propia lucha.

—Y nos veremos de cuando en cuando...—propuso ella—, para que así...

Yo la atajé:

—No. Será mejor que no nos veamos.

Era mejor que no nos viésemos. La angustia de nuestras vidas separadas, las alternativas de la suerte—o la mala suerte sin alternativas—, harían demasiado amargas aquellas entrevistas. Además, ¿sabíamos nosotros si la solución de alguno de los dos no estaba fuera de Madrid? Verse de vez en vez significaba limitar las posibilidades. Era mejor no verse; ignorarse; no saber nada uno de otro en un largo plazo de un par de años, por ejemplo. En dos años de no verse, de luchar aisladamente como desconocidos, existían muchas probabilidades de que el Destino cambiase, de variar de posición, de mejorar. Nos citaríamos para dos años más tarde, y si alguno—o ambos—había prosperado, reemprenderíamos la vida en común.

El debate se prolongó hasta las primeras horas de la mañana. A las nueve estábamos, al fin, de acuerdo. Ya no quedaba sino fijar fecha. Fue elegida la del día del santo de ella. De allí a dos años.

Nos reuniríamos en el andén de la estación del Metro de la glorieta de Bilbao el día 19 de marzo de 1929, a las seis de la tarde.



La suerte y el rumbo de los pueblos y de las civilizaciones, a menudo han dependido de una insignificancia: del tropezón de un caballo, de un gesto imprudente, de que un día lloviese o hiciera sol, de pillarse los dedos un hombre al cerrar la puerta.

El destino de aquella muchacha y el mío dependieron de mi visita, en la mañana del 2 de febrero de 1927, a la Caja de la Sociedad de Autores. Porque la liquidación de aquel mes arrojaba un total de 510 pesetas.

Salí de allí preocupadísimo. Soy fatalista, y en aquel ingreso inesperado vi la mano del Destino. Me refugié en el Café de Gijón, prendí un cigarrillo y me entregué a esa gravísima ocupación que se llama reflexionar.

En la situación nuestra, quinientas diez pesetas imprevistas significaban, *apretándose* todo lo apretable, otro mes de vida, o quizá mes y medio. En ese tiempo podían ocurrir muchas cosas. Una de las cosas que podían ocurrir era que yo dispusiese de una semana de tranquilidad económica y mental para escribir una comedia.



Llegué a casa y transmití la buena nueva. Regocijo. Besos. (Se lo estaban ustedes suponiendo.)

Por la tarde cogí un paquete de cuartillas y escribí: "Acto primero".

Nacía *Una noche de primavera sin sueño*.

Concluido el acto segundo, me di a pensar en el sitio adonde podía llevar mi obra. Tenía un magnífico reparto en Lara, donde actuaba Emilio Thuillier con Hortensia Gelabert, y de característica joven, Concha Catalá. Pero no conocía a nadie en Lara.

Era igual. Escribí a Emilio Thuillier una carta anarquista. Decía que le suponía harto de representar las cosas que solían representarse en aquel teatro. Le ofrecía mi comedia y le brindaba el cincuenta por ciento de mis derechos de autor por su colaboración como intérprete y como padrino.

Al otro día, Thuillier me llamó a su camarín del teatro.

Estuvo claro, conciso y viril.

—De cobrar yo, ni hablar—me explicó—. Déme usted la obra, y si me gusta se la recomendaré a don Eduardo; pero no se fíe usted, ocurra lo que ocurra, pues don. Eduardo puede hacerme caso o mandarme a paseo.

Le di los actos primero y segundo. El tercero no estaba ni empezado, y dije que lo tenía en trance de copiar en limpio.

Pasé la siguiente mañana escribiendo. Por la tarde, a primera hora, acudí a la Redacción de *Buen Humor*, llevando mis artículos semanales.

Al entrar me llamó el administrador, un señor gordo, aragonés, que conmigo suavizaba su rudeza de hombre prehistórico.

—Ya sé que ha llevado usted una comedia a Lara, y que, además, está muy bien— declaró.

Abrí unos ojos como las esclusas del canal de Panamá.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo ha dicho Emilio Thuillier, que forma parte de mi partida de póquer en el Casino. La leyó anoche.

El corazón me dio un salto mortal.

El administrador puso cara triste para añadir:

—Pero...

El corazón me dio un salto mortal y dos *finflanes*.

—Pero ¿qué?

—Pero le gusta tanto, que tiene miedo de que la obra no sea original, de que esté

traducida o *fusilada* del inglés...

El corazón me dio un salto mortal, dos *finflanes* y tres *estiradas*.

—¡La obra es mía!

Él me miró con lástima. Se levantó.

—Vaya, hasta mañana.

Y se fue con el sombrero apoyado en el cogote.

Yo, descorazonado..., me metí en el Café de Gijón. (El Café de Gijón me ha aliviado de tantas penas, que se lo recomiendo ardorosamente a todos los jóvenes que comienzan la Literatura.) La dulce musa de los cafés me habló, tranquilizándome, al oído:

—¿No te consta que la obra es tuya? Pues ¿qué te importa lo demás? Haz el tercer acto. Llévaselo a Thuillier. Trabaja y confía.

Pegué una palmada, vino el cerillero, le mandé comprar cuartillas y me puse a escribir el tercer acto. La acabé a la noche siguiente y se lo mandé a Thuillier.

Al otro día fui a verle al teatro.

Los ejemplares de los tres actos de *Una noche de primavera sin sueño* estaban sobre el tocador, entre barras de *carne*, corbatas y frascos de esencia.

Thuillier me recibió de un modo misterioso. Cerró la puerta. Comprobó que nadie escuchaba detrás de ella. Me llevó a un rinconcito del cuarto...

—¿Qué le voy a usted a decir?—exclamó—. Todos los elogios que usted puede imaginar, délos usted por dichos. Los dos primeros actos de su obra me parecen estupendos. Pero, con igual calor, le advierto que el tercero no me ha gustado.

En un instante comprendí cuál debía ser mi actuación. Fui hacia el tocador, cogí el tercer acto y lo rompí en pedazos del tamaño de "perras chicas".

Thuillier tuvo un gesto de los que le valieron la fama cuando estrenó *Juan José*.

—¿Qué está usted haciendo?

—Romperlo. ¿No dice usted que no le gusta?

—¡Caramba, sí!... Pero...

—Ya le traeré a usted otro tercer acto pasado mañana.

Y me marché contento: contento del éxito logrado y contento de haber tenido ocasión de demostrar que la comedia era mía.

Dos días más, y el nuevo tercer acto quedaba escrito. Lo leyó Thuillier; lo encontró digno hermano de los otros y me enteró de sus gestiones:

—Le he hablado a don Eduardo. Ha aceptado la obra. Le espera en su casa mañana al mediodía.

Al mediodía siguiente me personé en el despacho de Eduardo Yáñez. Diez minutos de hacerle fiestas a un canario que presumía de barítono en una jaula de cristal, y entrada del famoso empresario de Lara.

—¡Hola, Javier Cancela!

—Jardiel Poncela, don Eduardo.

—Siéntese, Cancela.

—Poncela, don Eduardo.

—Ya he leído *eso*, Javier Cancela.

Me resigné a no llamarme ya nunca Jardiel Poncela.

—¿Lo ha leído usted?

—Sí. Está muy bien. ¿Un purito?

Y me dio un puro de treinta centímetros de largo. Siguió:

—Pues *eso* está muy bien, y lo voy a *hacer*; ahora, que no podrá ser en esta temporada, porque tengo muchos compromisos por delante. Una *cosa* de Honorio Maura, otra de Martí Orberá, comedia de don Jacinto para el Sábado de Gloria...

El puro era de buena clase; pero me supo muy mal.



Los estrenos anunciados por Eduardo Yáñez se sucedieron vertiginosamente, por fortuna. (Por fortuna para mí, claro.)

En paz, de Honorio Maura, no fue bien. Ya estábamos a mediados de febrero.

Las *muñecas*, de Martí Orberá, llevó poca gente. Ya estábamos en marzo.

El hijo de Polichinela, de Benavente, estrenado el 15 de abril, fue un éxito clamoroso; pero no correspondió a él el de la taquilla. Y, sin embargo, se trataba de una de las comedias más hermosas de don Jacinto.

El 30 de abril recibí un aviso de Yáñez.

El día 2 de mayo—acontecimiento nacional—leía mi *Una noche de primavera sin sueño* a la compañía del Lara. Ya era tiempo; las circunstancias económicas habían vuelto a echarnos el dogal a la garganta y la espera se hacía angustiosa; pero ante el estreno próximo, hallé medios de subsistir aún.

El entusiasmo de Emilio Thuillier no había bajado ni media atmósfera; él fue la dínamo que movió aquel negocio, y a él se lo he agradecido siempre. Pero aparte de él y de Hortensia Gelabert, los componentes de la compañía no vieron en mi obra más que un churro dialogado. La lectura se verificó en medio de la falta de atención más descortés que registra la Historia. Se bostezó, se miró para otro lado.

Al acabar, cuando bajé al pasillo de cuartos, sorprendí a la esposa del actor cómico cantando ante unas compañeras el tango popular *A media luz*, sólo que variándole la letra con una frase de circunstancias alusiva al pateo que, a juicio de los oyentes, iba a recibir la obra:

¡la que nos van a dar!,

¡la que nos van a dar!...

Y al otro día, en medio de este optimismo, comenzaron los ensayos.

El 28 de mayo se estrenó *Una noche de primavera sin sueño*, con éxito ascendente a lo largo de sus actos.

La crítica me trató con cariño, como a una posible esperanza. No faltó, naturalmente, quien, como Díez-Canedo, procuró envenenar mi alegría, llevado del *morbo destructor* ya iniciado. Ni faltó tampoco el que me aconsejó abiertamente que abandonara la pluma e hiciera oposiciones al Catastro.

(Más tarde, en Zaragoza y San Sebastián no convenció la obra, y por lo que afecta a este último sitio, el entonces cronista de *La Voz de Guipúzcoa* dijo textualmente que la comedia sólo merecía que "se me pisase el vientre", detalle que recuerdo con su exacta expresión, para hacer ver a qué grado de espiritualidad llegan en sus juicios, a veces, los entregados al *sacerdocio de la crítica*.)

Y todos coincidieron en no acordarse de que había estrenado ya once títulos y en afirmar que "la comedia tenía inexperiencias propias de una primera obra".

Me cuidé mucho de no revelar el secreto y de no confesar que aquélla no era la primera, sino la sesenta y una, pues si consideraba como primera le encontraban inexperiencias, ¿qué concepto les hubiera merecido mi sagacidad mental, sabiendo que la habían precedido sesenta nada menos, todavía en su mayoría inéditas?

De todas suertes, el éxito tuvo eco. A uno de los críticos que me habían tratado desdeñosamente, Francisco de Vú, le costó su actitud la salida del periódico, pues

Buenaventura L. Vidal publicó en el mismo diario un artículo elogiosísimo para mi obra, y Víu, considerándose pospuesto en sus funciones, dimitió. (Rasgo de dignidad que ya no he visto nunca repetido.)

Benavente retiró su comedia del cartel, advirtiendo que lo hacía para no restarle a la mía representaciones.

El público estuvo encantador, llenando el teatro y obligando a Yáñez a prolongar la temporada todo cuanto se lo permitieron los contratos ya firmados en provincias.

Los actores se apresuraron a *recordarme* que ya ellos habían previsto el éxito, a lo que no tuve inconveniente en asentir.

Y la amistad agradecida hacia Thuillier quedó sellada para siempre.

En cuanto a don Eduardo, no me reservó más que gentilezas.

A la treinta y cinco representación, me detuvo una tarde en el vestíbulo.

—Óigame...: ¿su nombre es Jardiel o Javier?

—Jardiel, don Eduardo. Y Poncela, no Cancela.

—¿Jardiel Poncela?

—Eso es: Enrique Jardiel Poncela; Jardiel, por parte de padre; Poncela, por parte de madre, y Enrique, por parte de bautizo. Pero usted puede llamarme como le dé la gana. Después de todo, Javier Cancela no está del todo mal.

—¡Qué cosas tiene usted! Vaya, me voy, que me llaman de Contaduría.

—Pues hasta luego, don Eduardo.

—Vaya usted con Dios, Cancela.

UNA NOCHE DE PRIMAVERA SIN SUEÑO

REPARTO DEL ESTRENO

ALEJANDRA	Hortensia Gelabert.
ADELAIDA	Concha Catalá.
BERTA	Matilde Armisén.
LISA	Elisa Piquer.
DONCELLA	Jacinta Alenza.
VALENTÍN	Emilio Thuillier.
MARIANO	Salvador Soler Marí.
RAÚL	Juan Balaguer.
GERARDO	Guillermo Grases.

La acción, en Madrid, actualmente.

ACTO PRIMERO

Una alcoba matrimonial muy lujosa. En el primer término izquierda, una puerta que se supone de acceso a las demás habitaciones de la casa. En el segundo término derecha, otra puerta, más pequeña, que simula conducir al cuarto de baño. Al foro y un poco hacia la izquierda, balcón practicable con balaustrada corrida. En el primero derecha, dos camas individuales, separadas por una mesita de noche, sobre la que hay una lámpara portátil y varios libros. Tocador-coqueta en el segundo izquierda, y en la pared, a ambos lados del tocador, luces auxiliares con pantallitas. En el foro derecha, armario. A los pies de las camas, un amplio diván, sillones, butacas enanas, etc. En cualquier lado, una mesa enana, sobre la que hay un teléfono. Lámpara en el techo y otros auxiliares, distribuidos como mejor convenga. Es de noche, a las tres de la madrugada, en el mes de mayo.

Al levantarse el telón, todas las lámparas están apagadas, menos el portátil de la mesita de noche, de suerte que la habitación se halla en una suave penumbra. Las camas tienen los embozos abiertos y conservan huellas de haber sido ocupadas momentos antes. En escena, Mariano y Alejandra. Alejandra es una muchacha de unos veinticinco años, linda y distinguida. Mariano, su marido, es un hombre próximo a los treinta y cinco. Alejandra, arrebuja en un salto de cama, se halla retrepada, hecha un ovillo, en uno de los butacones, y de vez en vez muerde de rabia un inocente pañuelo. Mariano, en pijama, y mal envuelto en un batín, está sentado en el diván. Tiene los codos apoyados en las rodillas y el rostro entre las manos. Como se comprende, las actitudes de ambos son las de dos personas que están viviendo un momento desagradable.

EMPIEZA LA ACCIÓN

MARIANO.—*(Desabridamente.)* Alejandra..., son las tres... *(Mirando el reloj de pulsera.)* ¿Sabes? ¡Las tres!

ALEJANDRA.—Ya lo he oído.

MARIANO.—Sabes perfectamente que yo tenía el propósito de madrugar.

ALEJANDRA.—Muy bien. Acuéstate. Yo no te lo impido, Mariano.

MARIANO.—¡Ah! ¿Tú no me lo impides? ¡Qué mujer! ¡Qué mujer! De manera que tú no me lo impides... ¿Quién está llorando desde la una

y media? ¿Quién está fabricando ataques de nervios desde la una? ¿Quién está gritando desde las doce menos cuarto? ¿Quién está mascando pañuelos desde las once y diez?

ALEJANDRA.—*(Con una mirada de desprecio.)* ¡Mascando pañuelos! ¡Vaya una manera de expresarse!

MARIANO.—¡Mascando pañuelos! Pues ¿cómo voy a decirlo?

ALEJANDRA.—*(Ocultando el rostro entre las manos.)* ¡Soy muy desgraciada!

MARIANO.—¡Hum! ¡En fin, ya estoy harto! ¿Lo sabes? ¡Harto! Me voy a acostar. Pero vas a prometerme que me dejarás dormir.

ALEJANDRA.—No piensas más que en dormir. Tienes los mismos ideales que las focas.

MARIANO.—¡Bueno! Hasta mañana. *(Como quien toma una decisión súbita y definitiva, se quita el batín y las chinelas y se acuesta en el lecho de la izquierda.)* Que descanses... *(Alejandra no contesta.)* He dicho que descanses, Alejandra.

ALEJANDRA.—Ya me he enterado.

MARIANO.—¿Y no tienes nada que contestar?

ALEJANDRA.—Nada. Tú dices: "Que descanses", y a mí me parece bien. No tengo nada que contestar.

MARIANO.—¡Oh! ¡Es para volverse loco! *(Se revuelve en la cama y gruñe algo que no se entiende. Una pausa. Alejandra se levanta y va hacia el lecho que ocupa Mariano, a cuyo lado permanece un rato en pie.)*

ALEJANDRA.—Escucha, Mariano... Yo te aborrezco.

MARIANO.—Bueno.

ALEJANDRA.—Te aborrezco con verdadero aborrecimiento. ¡Te odio!

MARIANO.—Está bien. *(Se vuelve del otro lado.)*

ALEJANDRA.—Pero te odio de corazón, ¿sabes? ¡De corazón! *(Mariano da una vuelta en la cama.)* Vivir contigo es para mí un tormento irresistible.

MARIANO.—¿Quieres dejarme dormir?

ALEJANDRA.—¡Ah! ¿Soy yo quien no te deja dormir?

MARIANO.—¡Esto es demasiado! ¡Es demasiado! *(Se baja del lecho, vuelve a ponerse el batín y las chinelas y da unos pasos nerviosos por la habitación.)* ¡Es demasiado!

ALEJANDRA.—*(Suspirando.)* ¡Ay! *(Se sienta en el butacón de antes, con el gesto de una persona que se siente incomprendida.)*

MARIANO.—¡Toda una noche, Señor! ¡Toda una noche de reproches variados, de llantos torrenciales y de ataques neuroepilépticos!... ¡Toda una noche de alternar las sales inglesas con el éter, y el éter con el vinagre, y el vinagre con el agua de azahar, y el agua de azahar con la tila, y la tila con el bromuro, y el bromuro con las sales inglesas, y las sales inglesas con el éter, y así, sucesivamente, para acabar diciendo que no es ella la que tiene la culpa de que yo no pueda dormir!... ¿Por qué fui tan estúpido? ¿Por qué el día de la boda no me escapé de la iglesia y subí a un taxi y me marché a Irún en el

expreso?

ALEJANDRA.—Olvidas que el expreso de Irún sale a las nueve de la noche, y nosotros nos casamos por la mañana.

MARIANO.—¡Fui un idiota! ¡Fui un idiota!

ALEJANDRA.—Y desde entonces no has cambiado lo más mínimo, Mariano.

MARIANO.—Me parece, Alejandra, que, al tratarme, te olvidas de que te educaste en el Sagrado Corazón.

ALEJANDRA.—Y tú, por tu parte, también te olvidas de que te educaste con los Padres Escolapios.

MARIANO.—Yo tengo más motivos para empezar a olvidarme de eso, porque salí del colegio diez años antes que tú.

ALEJANDRA.—Sí; fue un error. Hubieras necesitado diez años más.

MARIANO.—Bueno, Alejandra; espero que no me obligarás a resucitar recuerdos infantiles a las tres y cuarto de la madrugada.

ALEJANDRA.—Tú fuiste el que empezó, hablando de mi colegio.

MARIANO.—¡Ea! Tendré que irme a la calle... Es inaudito lo que me sucede. No poder dormir... No poder hacer una cosa que está al alcance del hombre más humilde, del más pobre, del más desdichado... No poder hacer una cosa que no se le prohíbe ni al criminal más repugnante...

ALEJANDRA.—Tengo entendido que a los criminales no los deja dormir su conciencia. Y yo soy tu conciencia, Mariano.

MARIANO.—¡Dios mío! ¿Quién iba a decirme que mi conciencia iba a llevar abrigo de pieles?

ALEJANDRA.—En fin, acuéstate; voy a leer. *(Coge un librito de la mesita.)* Mañana hablaremos de algo muy trascendental.

MARIANO.—¿Mañana? Perfectamente. Gracias, Alejandra. *(Se quita el batín y las chinelas y vuelve a acostarse. Da un suspiro de satisfacción.)* ¡Aaaah!

ALEJANDRA.—*(Después de una pausa, aparte.)* Y se dormirá... Será capaz de dormirse... *(Alto. Encendiendo todas las luces.)* Un segundo, Mariano, antes que te duermas.

MARIANO.—Di.

ALEJANDRA.—¿Qué pensarías tú de mí si, habiéndome dicho que me aborrecías, que me odiabas, me durmiese tranquilamente?

MARIANO.—Pensaría que tenías sueño, Alejandra.

ALEJANDRA.—¿Eso pensarías?

MARIANO.—Sí.

ALEJANDRA.—¿Nada más que eso?

MARIANO.—Nada más.

ALEJANDRA.—*(Con un gesto de asco.)* ¡Es natural! *(Pausa.)*

MARIANO.—*(Sentándose en la cama. Intrigadísimo.)* Oye: ¿por qué dices que es natural?

ALEJANDRA.—Por nada; acuéstate.

MARIANO.—No, no... Necesito saber por qué encuentras natural que yo pensase eso...

ALEJANDRA.—Acuéstate, Mariano. Tenías propósito de madrugar. Ahora no te quejarás de que sea yo quien no te deja dormir.

MARIANO.—Pero ¿por qué encuentras natural que yo pensase eso?

ALEJANDRA.—Porque tienes un espíritu grosero. ¿Estás conforme?

MARIANO.—(*Lentamente.*) Que tengo un espíritu grosero... ¡Bueno! (*Se pone rápidamente el batín y las chinelas y se acerca a Alejandra.*) Explícate... Te oigo.

ALEJANDRA.—Perdona... Ahora no. Voy a acostarme. (*Se levanta y va hacia su lecho.*)

MARIANO.—¿Que vas a acostarte?

ALEJANDRA.—¿No es lógico? Son las tres y media de la madrugada.

MARIANO.—Te suplico que esperes un momento.

ALEJANDRA.—(*Con cara de mártir.*) ¿Me prohíbes que duerma?

MARIANO.—Sólo un instante.

ALEJANDRA.—¿Y tiene derecho un marido a prohibir que duerma su mujer? ¿Quieres matarme de sueño, como mataron a Luis Diecisiete de Francia?

MARIANO.—Pero si no se trata más que de cinco minutos, los suficientes para que expliques por qué tengo yo un espíritu grosero.

ALEJANDRA.—La explicación sería demasiado larga. Si te parece, mañana, ¿eh? Mañana, después de almorzar, te explicaré...

MARIANO.—(*Después de una pausa, durante la cual no sabe si asesinar a Alejandra o tirarse por el balcón.*) ¡Está bien! Mañana. (*Se va a su lecho y se quita el batín. Entonces se le acerca Alejandra.*)

ALEJANDRA.—Oye, Mariano: ¿es posible que no tengas curiosidad de saber por qué te odio?

MARIANO.—(*Desesperado.*) Pero bueno, ¿tú qué te propones, Alejandra? ¿Qué te propones? ¿Que yo enloquezca?

ALEJANDRA.—Nadie enloquece ya.

MARIANO.—¡Ah! ¿No?

ALEJANDRA.—Eso sólo ocurría en el siglo diecinueve. Ponte la bata y escúchame.

MARIANO.—¿Y no decías tú hace un instante que mañana hablaríamos?

ALEJANDRA.—¿Yo? ¡Lo has dicho tú!

MARIANO.—(*Rabiando y tirándose de los pelos.*) ¡Qué mujer! Pero ¡qué mujer! En fin, Alejandra: por última vez, ¿me oyes? Por última vez te obedezco. Pero si, en lugar de hablar razonadamente, me dices una incongruencia, te juro que me marcho a dormir a casa de mi tía Charito. (*Se pone el batín y se sienta en el diván.*)

ALEJANDRA.—Hablemos, Mariano. En primer lugar, ¿crees que fui al matrimonio enamorada?

MARIANO.—¿Al matrimonio conmigo?

ALEJANDRA.—¿Con quién había de ser? No me he casado más que contigo.

MARIANO.—¿Eh? Es verdad...

ALEJANDRA.—Di. ¿Crees que fui al matrimonio enamorada?

MARIANO.—Me consta. Tuviste excelentes partidos. Cuando yo te

conocí había tres aspirantes a tu corazón, y a los tres los protegía tu madre. Sólo frente a mí se opuso, y, al darme cuenta de que me aborrecía tu madre, comprendí que era fatal que me casase contigo.

ALEJANDRA.—De manera que te consta que yo iba a la iglesia enamorada de ti...

MARIANO.—Supuse que a la iglesia irías enamorada de tu traje de novia; pero tengo la evidencia de que al matrimonio ibas enamorada de mí.

ALEJANDRA.—Pues oye, Mariano: yo no me casé enamorada.

MARIANO.—Ya comprendo. El amor vino después, y...

ALEJANDRA.—Mariano, eres tonto.

MARIANO.—¿Eh?

ALEJANDRA.—Eres el hombre más tonto que conduce Citroën. Ni antes ni después de nuestra boda he estado enamorada de ti.

MARIANO.—¡Qué graciosa!

ALEJANDRA.—¿Es que no me crees?

MARIANO.—Sé que hablas así porque estás bajo el peso de varios disgustos... De los disgustos que yo te he dado con mis ligerezas.

ALEJANDRA.—¡Qué equivocación! Tus ligerezas, como tú dices, me tienen sin cuidado.

MARIANO.—Y los dieciséis ataques de nervios que te han dado esta noche, ¿qué son?

ALEJANDRA.—Rabia.

MARIANO.—¿Hidrofobia ?

ALEJANDRA.—Rabia. Rabia de no poder divorciarme de ti, pero de un modo total y absoluto.

MARIANO.—Pero divorciarte, ¿por qué?

ALEJANDRA.—Lo he dicho bien claro. Porque te odio. Porque no te quiero. Ni te quise, ni he conseguido quererte en seis años de matrimonio. Por eso, tus extravíos estúpidos, fuera del hogar, no sólo no me entristecen, sino que me llenan de esperanza. (*Mariano abre los ojos con asombro.*) Porque cuando me entero de que me engañas con otra mujer, pienso con alegría: "Si se fuera para siempre..." Y entonces es tu arrepentimiento lo que me hace más daño, porque me digo: "No se va; tampoco ahora se va; tendré que seguir soportándole..."

MARIANO.—¡Qué confesión más agradable!

ALEJANDRA.—Y te aseguro que lo que esta noche me ha alterado los nervios no ha sido el saber que me engañabas con la vecina del principal, sino la certidumbre de que no te irías con ella para siempre. Por mi parte, sería tan dichosa diciéndole: "Señora, ahí tiene usted a mi marido; se lo regalo; lléveselo, y muchas gracias."

MARIANO.—Esa señora es casada, y no puede recibir regalos de esa clase.

ALEJANDRA.—No sería la primera que los recibiese.

MARIANO.—En fin de cuentas: lo que importa es lo nuestro. Si no me querías, ¿por qué te casaste conmigo?

ALEJANDRA.—Me casé a los diecisiete años. Eso lo justifica todo. Me casé porque una tarde te oí decir que no te afeitarías el bigote hasta que te casaras. Y como yo tenía muchas ganas de ver qué tal estabas sin bigote...

MARIANO.—¡Pero es monstruoso!

ALEJANDRA.—Algo peor: es estúpido. Desgraciadamente, no vi la estupidez de aquello hasta después de casada. Si yo hubiera sido pobre, me habría casado contigo por asegurarme el porvenir; casi todas las muchachas pobres se casan por eso. Pero no era pobre, y me casé por un capricho. Nadie me dio unos azotes a tiempo. ¡Oh! Si a todas las mujeres les dieran unos azotes a tiempo...

MARIANO.—¿Y después de la boda?

ALEJANDRA.—Empecé a sufrir y a observar, y me he imaginado que el amor debe de ser algo muy grande, muy grande, centro y eje de toda la vida.

MARIANO.—Luego, ¿no lo has conocido?

ALEJANDRA.—No. Tenías que habérmelo presentado tú, y tú eres un hombre a quien le molesta hacer presentaciones.

MARIANO.—No te he presentado el amor porque soy un espíritu grosero, ¿verdad?

ALEJANDRA.—Sin duda. Tus palabras son las palabras que pronuncia todo el mundo. Si una comedia o un libro te gusta, sueles decir: "Está bien traído." Si oyes una copla flamenca, te emocionas, y cuando te cuentan algo ingenioso, exclamas: "¡Qué gansada!" Adoras las frases hechas, y para cualquier cosa que ocurra tienes un refrán apropiado. Cuando abres la boca, sé siempre lo que vas a decir. Te gusta discutir de política y dar grandes noticias. Te aburren las películas cómicas, y te divierten los "cabarets". Vas a la ópera por ponerte el "smoking", y cuando coges un periódico, finges leer la Bolsa, cuando, en realidad, estás leyendo el programa de la radio. Si piensas ir al teatro, me obligas a comer temprano. Las mujeres sólo son honorables, en tu opinión, cuando están casadas. Y si alguna te mira, porque le ha extrañado el color de tu corbata, piensas que está enamorada de ti. Amas el baile, y de las revistas ilustradas no miras más que las fotografías. Te gustan el fútbol, y los toros, y...

MARIANO.—¿Y por todo eso soy un espíritu grosero? ¿Y por todo eso no he sabido hacer que me quieras?

ALEJANDRA.—¡Naturalmente! ¿Puede una mujer, una verdadera mujer, llegar a sentir amor por un hombre que, al volver del teatro, se sienta en su cama para explicar cómo son los toros berrendos en negro, o para decir que se llama mogones a los toros que tienen los cuernos muy largos?

MARIANO.—No, mujer. Mogones son los toros que no tienen cuernos. Y los cuernos largos se llaman...

ALEJANDRA.—*(Levantándose.)* ¡Ay Dios mío! ¡Ay, que ya empieza a explicarlo! ¡Ay, que me lo va a explicar! ¡Esto no lo tolero! *(Oprime el timbre.)*

MARIANO.—¿Qué vas a hacer?

ALEJANDRA.—Mandar que despierten al chófer y que prepare el coche grande. Voy a dar un paseo por el campo. Me estallan los nervios. *(Vuelve a llamar.)*

MARIANO.—¡Tú no vas a ningún sitio a estas horas! ¿Me entiendes? Una cosa es que estés diciendo estupideces desde que terminamos de comer, y otra, muy distinta, que me pongas en ridículo delante de los criados. ¡De noche, sales conmigo o no sales! Te lo prohíbo en absoluto. Soy tu marido.

ALEJANDRA.—*(Glacial.)* Hace tiempo que no te considero como mi marido más que cuando me prohíbes algo. *(Por la puerta del primer término izquierda entra Berta. Esta Berta es una mujer de unos cuarenta años. Debió de ser guapa. Aún podría demostrarlo si se lo propusiera; pero no se lo propone. Tiene un rostro severo, casi rígido. Mariano no la quiere bien; si pudiera, la echaría de la casa; pero seguramente le tiene miedo, y no se decide a echarla. Berta viste de negro. Hay algo majestuoso en ella, a pesar de su oficio.)*

BERTA.—*(A Alejandra.)* ¿Llamaba la señora?

MARIANO.—No.

BERTA.—*(A la misma.)* ¿No llamaba la señora?

MARIANO.—He dicho que no.

BERTA.—*(A la misma.)* ¿Y por qué llamaba la señora?

MARIANO.—*(Excitado.)* ¡Váyase usted! La señora no la necesita. *(Una pausa. Berta sigue, en pie, en la puerta.)* ¿Qué espera usted?

BERTA.—Espero órdenes.

ALEJANDRA.—No hay ninguna orden, Berta. Pensaba salir a dar un paseo en "auto"; pero... *(Pausa.)*

BERTA.—La señora no ha acabado lo que iba a decir.

ALEJANDRA.—Iba a decir que he cambiado de opinión. *(Mariano se pasea nervioso, casi frenético.)*

BERTA.—*(Mirando fríamente a Mariano.)* ¡Ah!

ALEJANDRA.—¿Le obligué a vestirse?

BERTA.—Estaba vestida.

MARIANO.—*(Parándose frente a Berta.)* ¿Y qué hacía usted vestida a estas horas?

BERTA.—Esperaba que los señores acabasen de discutir.

MARIANO.—A usted debe tenerla sin cuidado que nosotros discutamos o no.

BERTA.—Así debe ser; pero mi obligación es no acostarme hasta que se haya dormido la señora.

MARIANO.—Mi ayuda de cámara no se preocupa de si yo duermo o estoy despierto.

BERTA.—Es verdad. En el lugar del señor, yo ya le habría despedido.

MARIANO.—¿Ha oído usted lo que decíamos?

BERTA.—Lo que decía la señora, no. Habla muy bajo.

MARIANO.—¿Y lo que decía yo?

BERTA.—El señor ha hecho lo posible porque se oyera en toda la casa.

MARIANO.—Bueno. Retírese usted. *(Una pausa. Mariano enciende un cigarro.)* ¿Qué espera usted para retirarse?

BERTA.—Espero órdenes. *(Se vuelve hacia Alejandra, interrogante.)*

ALEJANDRA.—Retírese, Berta.

BERTA.—Buenas noches. *(Saluda inclinando la cabeza, y se va, cerrando la puerta. Un silencio.)*

MARIANO.—*(Serio.)* Es decir, que me odias...

ALEJANDRA.—Sí.

MARIANO.—Y me odias porque me encuentras grosero y vulgar.

ALEJANDRA.—Eso es.

MARIANO.—Y porque la ley te obliga a vivir siempre conmigo.

ALEJANDRA.—La ley y la moral; sí.

MARIANO.—¿Y me habrías amado si yo fuese un hombre que dijese a todas horas frases felices?

ALEJANDRA.—A todas horas, sería irresistible. De cuando en cuando, y basta.

MARIANO.—Pero ¿entonces me habrías amado?

ALEJANDRA.—Seguramente.

MARIANO.—¿Y no te importa que te engañe?

ALEJANDRA.—No. Porque no te quiero.

MARIANO.—Todo eso, ¿lo has leído en alguna novela?

ALEJANDRA.—No seas lamentable. Todo eso lo he pensado yo. Yo pienso algunas veces. Te he dicho que somos diferentes.

MARIANO.—No me negarás que esa frase la has oído en una comedia.

ALEJANDRA.—Esa frase, quizá. Es la más estúpida de todas las que he pronunciado.

MARIANO.—Veo claro, Alejandra. Tampoco eres tú la mujer que a mí me conviene. Necesitaría una más tonta. Separémonos. Divorciémonos.

ALEJANDRA.—Muy bien.

MARIANO.—Pero antes contéstame. Ya notarás que me pongo a tono contigo. Contéstame con sinceridad. ¿Me has engañado alguna vez en estos seis años? *(Una pausa. Alejandra parece reflexionar. Mariano deshace el cigarro entre los dedos.)*

ALEJANDRA.—No.

MARIANO.—Lo has pensado mucho.

ALEJANDRA.—Si hubiera tenido algún amante, no habría necesitado pensarlo. Repasaba en mi memoria por si existía el apellido de alguien con quien alguna vez te hubiese engañado con el pensamiento.

MARIANO.—¿No hay ningún apellido?

ALEJANDRA.—Ninguno. Todos los hombres que he tratado eran de tu altura.

MARIANO.—Menos mal... Tú has tenido mala suerte, y yo, buena suerte. ¡Menos mal! *(Bruscamente decidido.)* Me voy. *(Entra en el cuarto de baño, para salir en seguida con un abrigo puesto.)*

ALEJANDRA.—*(Le contempla un instante en silencio. De pronto va hacia*

él, deslumbrada por una sospecha.) Mariano..., me pareces otro...
Has cambiado de improviso...

MARIANO.—Puede...

ALEJANDRA.—*(Con ansia.)* ¿Qué piensas de mí?

MARIANO.—Que lees demasiadas novelas.

ALEJANDRA.—*(Desilusionada otra vez.)* ¿Eso?

MARIANO.—Sí.

ALEJANDRA.—Entonces, vete. Había visto mal.

MARIANO.—¡Adiós! *(Inicia el mutis.)*

ALEJANDRA.—Te asoma el pantalón del pijama por debajo del abrigo.

MARIANO.—No importa. Cogeré un "taxi". Voy a casa de tía Charito. Mañana le diré a tu madre lo que hemos decidido y visitaré a un abogado.

ALEJANDRA.—Me parece muy bien.

MARIANO.—*(Desde la puerta.)* ¡Adiós!

ALEJANDRA.—¡Adiós, Mariano! *(Mariano se va por la primera izquierda. Larga pausa. Luego, unos golpecitos en la puerta. Alejandra se levanta perezosamente.)* Adelante. *(Entra Berta.)*

BERTA.—¿Necesita algo la señora?

ALEJANDRA.—Sí: tranquilidad.

BERTA.—El señor acaba de irse. Antes de concluir de bajar la escalera, perdió una zapatilla, y dijo una palabra fea.

ALEJANDRA.—*(Hablando consigo misma.)* ¡Pobrecillo! *(Alto.)* Es usted implacable, Berta.

BERTA.—¿El señor se va para siempre?

ALEJANDRA.—Eso dice.

BERTA.—Los hombres nunca se van para siempre, señora. Es una gran desgracia que tenemos las mujeres. *(Una pausa.)* ¿La señora me admite un consejo?

ALEJANDRA.—Sí.

BERTA.—Si la señora se queda sola y rica, no se enamore la señora por segunda vez.

ALEJANDRA.—Aún no me he enamorado la primera vez, Berta.

BERTA.—Entonces, sería estúpido seguir el consejo.

ALEJANDRA.—Berta... ¿por qué habla así? Ninguna doncella del mundo habla como usted. ¿Qué secreto hay en usted? ¿Qué ha sido antes de esto?

BERTA.—La señora se va a acostar, ¿verdad? Es ya muy tarde. Con permiso de la señora... Buenas noches... *(Se va por donde vino, después de inclinar la cabeza.)*

ALEJANDRA.—*(Con la vista y el pensamiento puestos por donde ha desaparecido Berta.)* También decía de ella Mariano que había leído demasiadas novelas. Mariano decía eso de todo el que tenía más talento que él... ¡Cualquiera pensaría que en las novelas se aprende algo! Sin embargo, a veces son interesantes. *(Coge el libro de antes y va hacia el lecho de la derecha. Un reloj da las cuatro rápidamente. Se abre el balcón del foro izquierda y entra Valentín. Viste traje de*

calle, abrigo de verano, al brazo, y trae el sombrero en la mano. ¿Cuántos años tiene Valentín? Cuarenta y cinco, cincuenta. No se ríe nunca, pero sonrío casi siempre. Sería imposible convencerle de que las pastillas Valda quitan la tos. Tiene talento, verdadero talento e ingenio, verdadero ingenio. Se mueve con graciosa soltura. Atrae. Valentín entra tranquilo, ve a Alejandra y la saluda con afectación. Se nota que no pretende producir efecto.)

VALENTÍN.—Buenas noches.

ALEJANDRA.—*(Estremeciéndose y volviéndose hacia Valentín.)* ¿Eh?

VALENTÍN.—Decía que buenas noches. No me conteste si no quiere. Desmátese. Es lo más corriente y lo más cómodo.

ALEJANDRA.—Caballero, yo no me desmayo. Soy una mujer de mi tiempo.

VALENTÍN.—Magnífico. Eso es más cómodo todavía. Pregúnteme, entonces, quién soy y por dónde he entrado.

ALEJANDRA.—¿Quién es usted? ¿Por dónde ha entrado?

VALENTÍN.—He entrado por el balcón. Soy Valentín.

ALEJANDRA.—Valentín..., ¿qué más?

VALENTÍN.—Valentín... sin más. Los grandes hombres no tienen apellido. Ejemplos: Vercingétorix, Adán, Lucifer, "Charlot" y un servidor de usted.

ALEJANDRA.—Le concedo medio minuto para que me diga por qué entra a las cuatro de la madrugada en la alcoba de una mujer casada. Pasado el medio minuto llamaré para que le echen.

VALENTÍN.—Soy un ladrón, señora; un vulgar ladrón. Acababa de cogerle la cartera a un transeúnte trasnochador, y ya escapaba con ella, cuando, al volver una esquina, tropecé con un policía tan trasnochador como el transeúnte. El policía se lanzó sobre mí, luchamos, conseguí zafarme de él y enfilé esta calle a carrera abierta. Vi luz en este piso y, como se trataba de un bajo, gateé por la balastrada para huir del policía, empujé las vidrieras y entré. Y aquí estoy.

ALEJANDRA.—Todo eso es mentira.

VALENTÍN.—Sí, señora.

ALEJANDRA.—¿Y por qué ha mentado?

VALENTÍN.—Usted no me ha concedido más que medio minuto. En medio minuto, nadie tiene tiempo de decir la verdad.

ALEJANDRA.—Perfectamente. *(Va hacia el timbre.)*

VALENTÍN.—¿Va usted a llamar a su marido?

ALEJANDRA.—Mi marido no está acostumbrado a que nadie le dé órdenes por medio de un timbre.

VALENTÍN.—Sin embargo, apuesto cualquier cosa a que, cuando oye el timbre de un tranvía, se apresura a cruzar los rieles.

ALEJANDRA.—Con su permiso llamaré a mi doncella. *(Llama.)*

VALENTÍN.—¿Ha llamado usted?

ALEJANDRA.—Sí, porque...

VALENTÍN.—¡Silencio! ¡Silencio, por Dios! *(Escucha junto al balcón.)*

¿No oye usted? ¡Es la Policía que se acerca! ¡Sálveme! ¡Apague la luz!
ALEJANDRA.—¿Eh?

VALENTÍN.—(*Con angustiosa voz.*) ¡Apague la luz! (*Alejandra apaga la luz. La escena queda a oscuras. Por el balcón, abierto, entra una ráfaga de luna, que besa el lecho. Una pausa. Valentín habla dulcemente en las tinieblas.*) Le he suplicado que apagase la luz para que contemplase usted lo hermosa que es una habitación cuando está iluminada por la luna. (*Pausa.*) ¿Me oye usted bien? ¿Verdad que tengo una voz muy bonita? Sólo a oscuras suena en toda su pureza la voz humana. ¿Quiere usted hablar un poquito?

ALEJANDRA.—(*Hablando sin propósito de hablar.*) No, señor. Espero que venga mi doncella; pero no hablaré.

VALENTÍN.—¡Cuánta ingenuidad en una mujer casada! Tiene usted una voz lindísima. Fíjese bien que no he dicho cristalina. Soy un hombre de buen gusto literario. En cambio, usted es desgraciada en su matrimonio... (*Una pausa.*) ¿Verdad?

ALEJANDRA.—No.

VALENTÍN.—¿Y por qué?

ALEJANDRA.—Le he dicho a usted que no soy desgraciada.

VALENTÍN.—Y yo pregunto que por qué. ¿Por qué no es desgraciada? Todo el mundo es desgraciado en su matrimonio.

ALEJANDRA.—¿Lo sabe usted por experiencia?

VALENTÍN.—Por experiencia ajena. Sé que todo el mundo es desgraciado en su matrimonio, porque yo no me he casado. Si yo fuera casado, creería que el único matrimonio desgraciado era el mío. (*En la puerta de la izquierda suenan unos golpecitos.*)

ALEJANDRA.—(*Sentada en el lecho de la izquierda.*) Adelante. (*La escena sigue a oscuras.*)

BERTA.—(*Entrando.*) ¿La señora había llamado?

ALEJANDRA.—Sí. Quería decirle que puede usted acostarse. Yo ya lo he hecho.

BERTA.—Muy bien, señora. (*Pausa.*) ¿La señora no ha oído un ruido?

ALEJANDRA.—¿Dónde, Berta?

BERTA.—En esta habitación.

ALEJANDRA.—Es que se me acaba de caer al suelo la novela que estaba leyendo. Acuéstese, Berta.

BERTA.—Buenas noches, señora. (*Una pausa. Alejandra vuelve a encender la luz. Al hacerse la luz, puede verse que Valentín no está ya en escena. En cambio, Berta sigue allí, junto a la puerta de la izquierda.*)

ALEJANDRA.—(*Mirando, asombrada, a su alrededor; al ver a Berta, vuelve a asombrarse.*) Pero ¿no se había ido usted?

BERTA.—Como la señora encendió la luz, pensé que quería algo.

ALEJANDRA.—(*Irritada.*) ¡No quiero nada!

BERTA.—Buenas noches. (*Se va por la izquierda. Alejandra se levanta, se cerciora de que Berta no escucha detrás de la puerta, y luego busca a Valentín en el balcón.*)

ALEJANDRA.—¿Dónde se habrá metido este hombre?

VALENTÍN.—(*Entrando por la puertecita del cuarto de baño de la primera derecha.*) Estaba aquí, señora. Me había escondido.

ALEJANDRA.—Ha tenido usted una feliz idea.

VALENTÍN.—Es mi costumbre.

ALEJANDRA.—Como habrá usted visto, he ocultado su presencia...

VALENTÍN.—Lo cual no ha debido serle muy difícil, puesto que usted misma ignoraba dónde estaba yo.

ALEJANDRA.—Pero ahora tiene usted que irse.

VALENTÍN.—¿Porque me cree un ladrón?

ALEJANDRA.—Por todo lo contrario.

VALENTÍN.—Muy bien. Me iré. También su marido se ha marchado de casa después de una discusión larguísima.

ALEJANDRA.—¿Quién se lo ha dicho?

VALENTÍN.—Lo he deducido. La Policía me ha enseñado a deducir. Su marido ha discutido largo rato con usted; vea el cenicero, lleno de puntas de cigarrillos.

ALEJANDRA.—¿Y por qué sabe usted que no está en casa?

VALENTÍN.—A las cuatro y media de la madrugada, todos los maridos están en la alcoba conyugal. Si no, es que se han ido de casa y se hallan en otra alcoba.

ALEJANDRA.—(*Ofendida.*) ¿Qué quiere usted decir? ¡Mi marido está ahora en casa de su tía Charito! Hoy duerme allí.

VALENTÍN.—Sólo he dicho que estaría en otra alcoba. ¿O es que su tía Charito le obliga a dormir sobre la mesa de billar?

ALEJANDRA.—¡Váyase usted! ¡Esto es demasiado! A fuerza de hablar me he distraído.

VALENTÍN.—Celebro que mi conversación la distraiga.

ALEJANDRA.—¡No quería decir eso!... En fin... ¡Váyase! ¡Váyase! Nunca me ha ocurrido nada semejante... ¡Váyase!

VALENTÍN.—Le juro que no puedo.

ALEJANDRA.—¿Quién se lo impide?

VALENTÍN.—El amanecer, que comienza. Mire usted. (*Dirigiéndose al balcón.*) Me verían salir... Ahora amanece muy temprano. (*Por el balcón entran las primeras claridades del alba.*) Pronto, la calle estará llena de traperos. ¡Qué vulgaridad! ¿No es cierto? La vida se encarga de ensuciar las cosas que más idealizan los poetas, y el amanecer lo ensucian los traperos. (Pausa.) ¿Qué ha dicho?

ALEJANDRA.—No he dicho nada. ¡No he dicho nada!... ¡Váyase! (*Se echa en un sillón, y oculta la cara entre las manos.*)

VALENTÍN.—(*En pie, a su lado.*) No soy un ladrón. Su perspicacia lo adivinó antes. Pero si yo le dijera la verdad de por qué he entrado aquí, usted no me creería. La verdad es siempre absurda. Me aburría esta noche en casa, señora. Vivo solo. Miento; vivo con un perro "setter". No tenía sueño, no podía dormir. El veronal me desvela... Y me lancé a la calle. Vi una luz en esta habitación, y me dije: "¿Si subiera a ver quién hay ahí?" Una flexión de miembros, y me hallé en

el balcón. Miré por las vidrieras; usted estaba hablando con su doncella. Entonces, un caballero, cubierto con un abrigo, por debajo del cual asomaba el pantalón de un pijama, abrió el portal y salió a la calle. Le vi desde el balcón. Iba muy excitado, y hablaba solo. Al pasar junto a la balaustrada, pronunció entre dientes tres palabras, por las que comprendí que era su marido y que había regañado con usted.

ALEJANDRA.—Pues ¿qué dijo?

VALENTÍN.—Dijo: "¡Es una imbécil!" (*Pausa larga.*)

ALEJANDRA.—¿Es cierto eso?

VALENTÍN.—Es cierto.

ALEJANDRA.—Júrelo usted.

VALENTÍN.—Lo juro sobre las cenizas de esos cigarrillos.

ALEJANDRA.—(*Sonriente.*) Tiene usted gracia.

VALENTÍN.—Gracias.

ALEJANDRA.—Y talento.

VALENTÍN.—¿Se me nota?

ALEJANDRA.—Demasiado. Debe usted marcharse en seguida.

VALENTÍN.—No insista en eso. Me verían salir, y su reputación sufriría mucho con ello.

ALEJANDRA.—¿Entonces?

VALENTÍN.—Saldré a las diez de la mañana, o a las once, y por la puerta principal. A nadie le extrañará mi presencia entonces. Y usted puede decir que soy un representante de la casa Ford, que ha venido a proponerle la compra de un coche.

ALEJANDRA.—¿Y por qué ha de ser precisamente la casa Ford?

VALENTÍN.—Porque sus representantes son los únicos que madrugan y hacen sus visitas por la mañana.

ALEJANDRA.—Pero hasta las diez o las once, ¿qué haremos?

VALENTÍN.—Podemos hablar, podemos dormir...

ALEJANDRA.—¡Soy una mujer decente!

VALENTÍN.—Pero también las mujeres decentes duermen, señora. Usted se acuesta, y yo me siento en un sillón..., y, luego, los rayos del sol nos despiertan, como en esas novelas bobas que leen algunas señoritas.

ALEJANDRA.—¿Y qué habremos conseguido con todo eso?

VALENTÍN.—Usted habrá conseguido conocerme. Yo habré conseguido dormir. Le aseguro que es horrible tener insomnios... ¡Horrible!

ALEJANDRA.—Usted quiere dormir y no tiene sueño. Mi marido tenía sueño y no dormía. Mi doncella no duerme, porque yo no tengo sueño. Y yo, como no tengo sueño, no puedo dormir...

VALENTÍN.—Sí. Y gracias a esas cuatro circunstancias nos hallamos usted y yo en tan agradable situación. ¿Sabe cómo podríamos titular esta aventura?

ALEJANDRA.—¿Cómo?

VALENTÍN.—"Una noche de primavera sin sueño".

ALEJANDRA.—Huele a Shakespeare...

VALENTÍN.—Podemos desinfectarla y quitar el olor.

ALEJANDRA.—En confianza., señor... señor, ¿cómo?

VALENTÍN.—Valentín.

ALEJANDRA. — En confianza, Valentín... Voy a divorciarme.

VALENTÍN.—Es usted una mujer que sigue la moda.

ALEJANDRA.—Mi marido no me hace feliz.

VALENTÍN.—Lo sé. Tiene un gran defecto.

ALEJANDRA.—¿Cuál?

VALENTÍN.—Ser su marido. Es un defecto que yo no tendré jamás.

ALEJANDRA.—Sí, Valentín. Voy a divorciarme. Voy a estar pronto en un estado...

VALENTÍN.—Magnífico. ¡Y necesitará un consejero!

ALEJANDRA.—Acaso... Usted me parece un hombre excepcional. Y yo... ¿qué le parezco?

VALENTÍN.—¿La verdad? ¿La verdad?

ALEJANDRA.—La verdad.

VALENTÍN.—Me parece usted una mujer sin importancia.

ALEJANDRA.—Pero eso... es una insolencia...

VALENTÍN.—No lo creo.

ALEJANDRA.—¡Una insolencia! (*Alejandra se separa de Valentín. Está nerviosa, excitada.*) ¡Una insolencia! (*Pausa. Con tranquilidad, dominándose.*) Antes ha dicho usted bien. Saliendo a estas horas de casa, mi reputación se mancharía. Pero hay otro procedimiento para que no pasemos lo que resta de noche en la misma habitación. (*Cuando se dirige a la puerta de la izquierda, se abre ésta y aparece Berta.*)

BERTA.—¡Ah! ¿Llamaba la señora?

ALEJANDRA.—No la he llamado a usted; pero la necesito.

BERTA.—Suponiendo que la señora iba a necesitarme, es por lo que he entrado sin permiso.

ALEJANDRA.—Fíjese bien. Ese caballero (*Señalando despectivamente a Valentín.*) va a pasar la noche aquí, en un sillón. Mañana, a las once, procurara usted que salga de la casa sin que le vean los otros criados.

BERTA.—Sí, señora.

ALEJANDRA.—Además, debe usted llevar mis ropas a la alcoba de respeto, Berta. Voy a dormir allí. ¿Me entiende?

BERTA.—Es fácil.

ALEJANDRA.—(*A Valentín.*) Que usted descanse.

VALENTÍN.—Le deseo lo mismo, señora. (*Valentín se inclina ante Alejandra. Alejandra se va por la izquierda. Valentín se sienta en un sillón. Berta queda, en pie, junto a la puerta. Larga pausa. Ambos se miran fijamente.*) ¿Qué haces en esta casa?

BERTA.—Soy la doncella de la señora. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí, Valentín?

VALENTÍN.—(*Cogiendo un cigarro de la mesita.*) Ya lo ves. Por ahora, me fumo los cigarros del señor.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Mucha luz. Entra el sol por el balcón del foro, que está abierto de par en par. Deben de ser las once de la mañana. Al levantarse el telón, todo se halla en la disposición en que se hallaba al acabar el acto primero; pero las luces están apagadas.

En escena, Valentín, que está sentado en un sillón y, apoyado en la mesita enana, escribe con un lápiz algo que debe obligarle a pensar mucho, porque de cuando en cuando se lleva el lápiz a la frente o lo chupa, en actitudes meditativas. Una pausa. Entra Alejandra, vestida con traje de mañana, se dirige rectamente hacia Valentín, indignada y rabiosa.

EMPIEZA LA ACCIÓN

ALEJANDRA.—Vengo a decirle a usted, por última vez, que se marche de esta casa. Su conducta sería estúpida, si no fuese inaudita. ¡Creo que ya está bien, señor mío! Mi doncella se confiesa incapaz de expulsar a usted, y ha renunciado a ello; pero yo no renuncio, ¿comprende usted? ¡No renuncio! Y, si es necesario, apelaré a la autoridad; porque con tal de verle a usted fuera de aquí, nada me importa dar un escándalo. Piénselo usted y vea si le gusta más irse solo o acompañado de un policía.

VALENTÍN.—¿Tiene usted la bondad de decirme una palabra de ocho letras que signifique libertad?

ALEJANDRA. — *(Fulminándole con una mirada.)* ¡Márchese!

VALENTÍN.—*(Contando las letras con los dedos.)* Márchese... ¡Ocho letras, efectivamente! Pero "márchese" no significa libertad.

ALEJANDRA.—Para mí, en estos momentos, le aseguro que sí.

VALENTÍN.—*(Enseñando a Alejandra una revista ilustrada sobre la que estaba escribiendo.)* Vea, amiga mía. Es un jeroglífico de palabras cruzadas muy interesante. Ya no me falta más que esa palabra de ocho letras que significa libertad. He consumido toda la noche en resolverlo.

ALEJANDRA.—Luego ¿no ha podido dormir?

VALENTÍN.—Usted tampoco, ¿verdad?

ALEJANDRA.—Extrañé la cama. ¿Usted la habrá echado de menos?

VALENTÍN.—No. Porque he perdido la costumbre de dormir en cama. Hace tres años que duermo en un diván.

ALEJANDRA.—¿En un diván?

VALENTÍN.—Sí. Es una historia muy sentimental, señora. Creo que le dije anoche que yo vivo con un perro...

ALEJANDRA.—Sí. Un perro "setter".

VALENTÍN.—En realidad, no es "setter"; pero yo se lo he hecho creer para que viva más orgulloso de sí mismo. Pues bien: mi perro se llama "Kant", en memoria del filósofo de Koenigsberg. Pero cuando yo le grito: "¡ven aquí, Kant!", nadie piensa que ese nombre es glorioso. Una vez salí yo de viaje (adoro los viajes y me encanta estropearme el estómago en las fondas); cuando regresé, "Kant" se había acostumbrado a dormir en mi cama. Me pareció demasiado cruel privarle de aquel derecho adquirido, y le cedí definitivamente el lecho; él me lo ha agradecido mucho, y, además, lo aprovecha mejor que yo, porque no padece de insomnios. *(Suena el timbre del teléfono, que está al lado de Valentín, en la mesita enana. Valentín coge maquinalmente el aparato.)* ¡Al aparato!... ¡Diga! *(Durante unos momentos, Valentín escucha. Tapando la bocina con la mano y dirigiéndose a Alejandra.)* Es su marido, señora.

ALEJANDRA.—*(Asustada.)* ¡Mi marido!

VALENTÍN.—Su marido, que está muy extrañado de oír una voz de hombre en la propia alcoba de ustedes, y que pide explicaciones del fenómeno...

ALEJANDRA.—Traiga...

VALENTÍN.—No; deje... *(Hablando por teléfono.)* No, señor... Soy el fontanero. *(Gesto de asombro de Alejandra. Dirigiéndose a ella.)* Su marido tiene voz de barítono. *(Por el teléfono.)* Estoy arreglando la cañería del cuarto de baño, caballero; he oído el timbre del teléfono, y como nadie de la casa acudía al aparato, me he tomado la libertad de ponerme yo. De nada, muchas gracias. Mis precios no tienen competencia, y soy la primera figura en el gremio de fontaneros madrileños. También pongo cristales. ¿Cómo? ¡Ah! Muy bien. Voy a avisarla. *(Tapando la bocina, a Alejandra.)* Su marido pregunta por su esposa. ¿Es usted la esposa de su marido?

ALEJANDRA.—Todavía, sí.

VALENTÍN.—Entonces póngase al aparato. *(Alejandra va a coger el teléfono, pero Valentín no se lo da.)* Espere un poco. Hay que figurar que yo he ido a avisar a usted. Soy el fontanero, señora... ¿Le parece a usted que, mientras aguardamos, le cuente un cuento?

ALEJANDRA.—No tengo los nervios preparados para eso.

VALENTÍN.—¡Qué tiempos los de ahora! Hace falta tener los nervios preparados hasta para oír un cuento... En fin, creo que ya puede usted conferenciar con su esposo. *(Le da el teléfono a Alejandra.)*

ALEJANDRA.—*(Al aparato.)* ¿Qué ocurre? Soy yo, Alejandra. *(Pausa conveniente.)* No. Sí. No.

VALENTÍN.—Contestación capicúa.

ALEJANDRA.—Cuando tú quieras. No saldré en toda la mañana. Hasta ahora no ha venido nadie. Sí. Estoy decidida. Bueno, ¡adiós! *(Cuelga)*

el teléfono.) Mi marido me anuncia su visita.

VALENTÍN.—La buena educación se advierte hasta en los pequeños detalles.

ALEJANDRA.—Desgraciadamente, no la demuestra más que en los pequeños detalles. Por ejemplo: él, que solía mostrarse grosero con mucha frecuencia, siempre acudía al recibimiento cuando yo volvía de la calle.

VALENTÍN.—Lo mismo hacía "Kant".

ALEJANDRA.—¿El filósofo?

VALENTÍN.—El perro.

ALEJANDRA.—Y, sin embargo, no tenía inconveniente en tomar él mismo la cuenta a la cocinera.

VALENTÍN.—Igual hacía Kant.

ALEJANDRA.—¿El perro?

VALENTÍN.—El filósofo.

ALEJANDRA.—Un perro que usurpa una cama a su dueño podía también haberle usurpado el puesto al ama de llaves...

VALENTÍN.—Tal vez. Y, además, no llevaría las llaves colgando, que siempre es una ventaja. ¿Su marido viene solo?

ALEJANDRA.—Con un abogado. Parece que el abogado, mi marido y yo vamos a tener una entrevista.

VALENTÍN.—¡Malo!... Acabarán ustedes firmando una hipoteca.

ALEJANDRA.—No; se trata de mi divorcio.

VALENTÍN.—El divorcio español es una hipoteca también; una hipoteca por la que se pagan intereses muy altos y que no logra uno cancelar del todo casi nunca. ¡Pobre de usted! Le harán firmar tantos papeles, que se le cansará la mano, y cuando acabe de firmar el último, su familia le habrá convencido ya de que debe romperlos todos. *(Una pausa.)* En fin... Creo que ha llegado el momento de marcharme definitivamente.

ALEJANDRA.—Hace mucho rato que ha llegado ese momento.

VALENTÍN.—*(Se echa al brazo el abrigo y coge un sombrero.)* ¡Adiós, señora!... *(Sacando del bolsillo unos guantes de piel.)* Pero antes mire qué espléndidos guantes de automovilista me compré el lunes. *(Alejandra le mira sin saber qué contestarle: en su mirada hay admiración en la manera de ser de Valentín.)* No, no tengo automóvil, ¿sabe usted? Pero he comprado los guantes para ponérmelos cuando tomo un taxi.

ALEJANDRA.—Entonces, ¿va a tomar un taxi ahora?

VALENTÍN.—Sí; quiero estar en pocos minutos muy lejos de aquí. ¡Adiós, señora! *(Inicia el mutis.)*

ALEJANDRA.—¡Adiós!... *(Llamándole súbitamente.)* ¡Un momento!

VALENTÍN.—Dígame...

ALEJANDRA.—¿Cómo se le ocurrió a usted decirle a mi marido que era usted el fontanero?

VALENTÍN.—Porque sabía que estaban arreglándoles a ustedes las cañerías del cuarto de baño. Cuando anoche, al entrar la doncella, me

escondí en él, vi la cañería a medio arreglar, varias herramientas, una chaqueta y una boina que se ha dejado allí el fontanero.

ALEJANDRA.—¡Ah!

VALENTÍN.—¿No tiene nada más que decirme?

ALEJANDRA.—Nada más.

VALENTÍN.—(*Levantándose.*) Le deseo un divorcio feliz.

ALEJANDRA.—(*Escuchando un rumor que debe de venir de la parte de afuera.*) ¡Chis!... ¡Chis!... ¡Calle! (*Se acerca a la puerta de la izquierda y escucha. Una pausa.*) ¡Mi madre!

VALENTÍN.—¿Es exclamación, o es su madre, en efecto?

ALEJANDRA.—¡Es mi madre! ¡Mi madre, que viene! ¡Dios mío! ¡Escóndase usted! ¡Métase debajo de una cama! ¡Escóndase en el armario!... ¡Tírese por el balcón! ¡Haga usted algo, por Dios!...

VALENTÍN.—¿Y qué podría yo hacer?... ¡Ah, sí! Inspeccionaré la cañería del cuarto de baño... (*Se va por la derecha, llevándose el abrigo y el sombrero. Se abre bruscamente la puerta de la izquierda y entra Berta.*)

BERTA.—(*Dirigiéndose a alguien que la sigue.*) Aquí está la señora... (*Entran Adelaida, Lisa y Gerardo, Adelaida es una dama elegantísima, de unos cuarenta y tres años. Viendo señoras tan maravillosamente conservadas como Adelaida, se comprende el gran negocio que es poner un instituto de belleza en el centro de Madrid. La madre de Alejandra parece tan joven, que casi llega a envejecer a su hija. Lisa es la hija menor; hermana, por tanto, de Alejandra: dieciséis años, hambrientos de enterarse de todo. Y, encima de ellos, un conato de traje que deja ver casi todo también. Gerardo tiene veinticuatro años; es novio de Lisa. Su personalidad oscila entre el galán de cinematógrafo y el canguro de Australia.*)

ADELAIDA.—¡Alejandra! (*Deteniéndose delante de ella con expresión trágica.*) Pero ¡Alejandra!...

ALEJANDRA.—No te esperaba, mamá... (*La besa. Besa a Lisa.*) ¡Hola, monina! (*Lisa y Gerardo miran con asombro y curiosidad a Alejandra.*)

ADELAIDA.—(*Dejándose caer en el diván, en una postura de pesadumbre muy bien estudiada.*) ¡Qué campanada! ¡Dios mío, que campanada! Esta mañana ha estado Mariano en casa a explicarme que habéis decidido divorciaros. Pensé que me daba algo en la cabeza. Afortunadamente no hice más que pensarlo, y no me dio nada. Tu padre se puso tan desesperado, que mandó al criado que le trajese dos frascos de magnesia bisurada. ¡Este disgusto nos matará a todos! Y luego... ¡qué ejemplo para tu hermana soltera! (*Señalando a Lisa.*) ¡Qué ejemplo para esta inocente! ¿No has pensado que si tu hermana ve que tú, estando casada, te divorcias, ella va a perder el interés por casarse?... ¡Oh!... ¡Estás loca, Alejandra! ¡Estás loca!

ALEJANDRA.—Te aseguro, mamá, que cuando hemos decidido...

ADELAIDA.—¡Calla, calla!... ¡Divorciarse! ¡Divorciarse! Divorciarse a los seis años de matrimonio, cuando ni siquiera has tenido tiempo de

enterarte de si tu marido ronca al dormir... Veintisiete años llevamos casados tu padre y yo, y no nos hemos divorciado ni una sola vez... Y no pienses que entonces no se estilaba divorciarse. Entonces la gente se divorciaba igual que ahora. Y Napoleón se había divorciado ya de Josefina... Hasta Gerardo ha tenido frases para condenar vuestra locura... ¿Verdad, Gerardo?

GERARDO.—(*Que no brilla por la feliz expresión de sus ideas.*) Sí. Realmente... ¿Eh? Realmente... El divorcio... El divorcio... Realmente, nada menos que el divorcio...

ADELAIDA.—Ya le oyes hablar. ¡Y no olvides que Gerardo tiene la carrera de abogado!

LISA.—(*A Alejandra.*) ¿Es que no eres dichosa? ¿Por qué no eres dichosa?

ADELAIDA.—¡Calla, pequeña! Te he dicho varias veces que no debes hacer preguntas a las personas de la familia. (*A Alejandra.*) Veamos... ¿Qué ha pasado aquí anoche? (*En el cuarto de baño se oyen unos martillazos gigantescos.*) ¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

ALEJANDRA.—No es nada. Es... el fontanero, que arregla las cañerías.

ADELAIDA.—¿En domingo?

ALEJANDRA.—¡Ah! ¿Hoy...? ¿Hoy es domingo?

ADELAIDA.—¡Naturalmente! Todo el día.

ALEJANDRA.—Pues... parece que el gremio de fontaneros ha resuelto trabajar los domingos y descansar el resto de la semana.

ADELAIDA.—Me alegro. A ver si eso resuelve el conflicto social. En fin, Berta...

BERTA.—¿Señora?

ADELAIDA.—Usted que es una mujer que sabe juzgar fríamente... ¿Qué ocurrió anoche entre los señoritos?

BERTA.—Discutieron; el señor gritó, fumó diecisiete cigarrillos en cuatro horas y media, y... (*La voz de Berta se pierde entre los formidables martillazos que vuelven a sonar en el cuarto de baño.*)

ADELAIDA.—Berta, diga usted a ese hombre que envuelva el martillo en un pañuelo. Es imposible entenderse... ¡Qué barbaridad! Y no hay duda de que los tiempos cambian, porque cuando yo era joven los fontaneros no metían tanto ruido... (*Berta se asoma al cuarto de baño y finge hablar con Valentín. Vuelve.*)

BERTA.—Dice que no tiene pañuelo para envolver el martillo.

ADELAIDA.—¡Válgame Dios!

GERARDO.—Realmente... Si no tiene pañuelo... ¿Eh? Realmente... (*Por la puerta del cuarto de baño entra Valentín. Se ha puesto la chaqueta azul que se dejó el fontanero y una boina mugrienta. Trae un martillo en la mano. Entra silbando una canción, distraídamente, y sin saludar. Recorre, golpeando con el martillo, el zócalo de madera de la pared del foro. Todos le contemplan en silencio, pero absortos.*)

ADELAIDA.—Oiga, buen hombre... ¿Por qué ese empeño en dar martillazos en todas partes?

VALENTÍN.—Cumpló con mi deber, señora. Ahora estoy buscando el

sitio por donde va la cañería.

ADELAIDA.—Pero ¿las cañerías van por aquí?

VALENTÍN.—Las cañerías van por todas partes. No hay quien les ponga freno.

ALEJANDRA.—(*Dándole pie a Valentín para que se vaya.*) Déjelo usted, fontanero... Váyase... Los domingos son días que deben dedicarse a la familia.

VALENTÍN.—Yo a la familia no le dedico más que mis retratos.

ALEJANDRA.—(*Aparte.*) ¡No se va!...

ADELAIDA.—En fin, Berta, explique lo que ocurrió anoche.

BERTA.—Los señoritos regañaron.

ADELAIDA.—Pero ¿por qué?

BERTA.—La señora tiene más talento que el señor, y la felicidad en su matrimonio es imposible.

ADELAIDA.—¡Vaya una razón! Todas las mujeres casadas tenemos más talento que el marido.

VALENTÍN.—(*Acercándose al grupo con el martillo en la mano.*) Eso es verdad. No hay más que fijarse en que las mujeres casadas no suelen trabajar. Si los hombres tuvieran más talento que las mujeres, conseguirían que las mujeres trabajasen para ellos, y ellos no harían más que pintarse las uñas.

ADELAIDA.—Pero ¿usted quién es para opinar?

VALENTÍN.—Soy el fontanero. (*Vuelve a su trabajo de revisar el zócalo.*)

ADELAIDA.—¡Qué cinismo!

GERARDO.—Sí. Realmente... Es demasiado cinismo...

BERTA.—¿Desea la señora más noticias de lo que ocurrió anoche?

ADELAIDA.—Sí, sí.

BERTA.—A las tres y media de la mañana el señorito se fue, y dijo que se iba para siempre.

ADELAIDA.—¿Y a usted no le parece un disparate este divorcio, Berta?

VALENTÍN.—El divorcio es siempre disparatado. (*Yendo hacia el grupo.*) Pero es el único sistema de atenuar el matrimonio.

ADELAIDA.—(*Digna.*) Fontanero, le prohíbo que se mezcle en nuestra conversación. (*Valentín se encoge de hombros. Entonces le aborda Lisa.*)

LISA.—Diga usted... ¿Por qué el matrimonio necesita ser atenuado?

ADELAIDA.—¡Lisa! Te he prohibido en otra ocasión que hagas preguntas a las personas que no sean de la familia. Regáñela usted, Gerardo; es su prometida.

GERARDO.—(*Encarándose con Lisa.*) ¡Lisa! Hablar con esas personas no está bien, realmente... ¿Sabes? ¿Comprendes? Realmente, no está bien. (*Por la izquierda entra una Doncella jovencita.*)

DONCELLA.—Señora... El señor acaba de llegar con otro señor. Pide permiso a la señora para...

ALEJANDRA.—Hazle pasar al despacho.

MARIANO.—(*Entrando.*) Alejandra... Vengo con mi abogado. Pase

usted, Raúl... *(La Doncella cede paso a Raúl y se va. Raúl Aribáu es un hombre que seguramente no ha saltado aún los treinta y dos años. Lleva debajo del brazo una gran cartera negra. Se trata de un individuo avisado, que no conoce el valor de la palabra "obstáculo". Entra en escena como en terreno conquistado.)*

RAÚL.—Buenos días a todos. Muy buenos días...

MARIANO.—*(Presentando.)* Mi esposa... La madre de mi esposa... La hermana menor de mi esposa... El señor Raúl Aribáu, abogado... *(Saludos de cabeza. Gerardo se señala a sí mismo para que Mariano le presente.)* ¡Ah! Se me olvidaba... Gerardo Martínez, prometido de la hermana de mi esposa.

GERARDO.—*(Dándole la mano a Raúl.)* Se le olvidaba... Realmente, se le olvidaba...

RAÚL.—*(Señalando a Berta y a Valentín.)* ¿También son de la casa?

ALEJANDRA.—*(Presentando a Berta.)* Mi doncella. Si yo no tuviera madre, ella haría sus veces.

RAÚL.—¡Ah!

VALENTÍN.—*(Avanzando hasta Raúl.)* Y yo soy el fontanero. Me dedico a arreglar las cañerías del cuarto de baño, y estoy en esta habitación porque tengo que buscar por dónde va la cañería. Es lo esencial...

RAÚL.—¡Ah! ¿Es usted el fontanero? *(Frotándose las manos.)* ¡Magnífico! Entonces, no falta nadie... *(Todos se miran con asombro.)* ¿Usted es pariente de algún miembro de la familia?

VALENTÍN.—No, señor, claro.

RAÚL.—¡Espléndido! No es pariente de ninguno de la familia...

ADELAIDA.—*(A Raúl, ofendida.)* ¡Caballero! ¡En nuestra familia no ha habido ni un solo fontanero! Y en cuanto a éste, va a estar entre nosotros muy poquito tiempo...

RAÚL.—Perdone, señora. Pero a este fontanero le necesito yo. Como necesito también a aquella doncella. *(Por Berta.)* Vengo a hacer las primeras diligencias que han de conducir al divorcio, y me son imprescindibles dos testigos que no sean miembros de la familia de los litigantes.

ADELAIDA.—¿Y quiénes son los litigantes?

RAÚL.—Los que litigan.

ADELAIDA.—¡Eso ya lo sabemos! Pregunto qué personas son.

RAÚL.—Su hija y el esposo de su hija.

ADELAIDA.—Pero...

ALEJANDRA.—*(Interrumpiendo.)* Hazme el favor de no insistir, mamá. Estoy absolutamente decidida a divorciarme.

BERTA.—Y a mí me parece muy bien.

VALENTÍN.—Y a mí.

ADELAIDA.—*(Volviéndose a Berta y a Valentín.)* Pero ¡ustedes no son nadie en esta casa!

VALENTÍN.—¿Cómo que no? Somos los testigos de las primeras diligencias. El abogado, señor Aribáu, acaba de decirlo.

ADELAIDA.—¡Es inaudito!

GERARDO.—Sí, es inaudito. Realmente..., es inaudito.

VALENTÍN.—Y en el extremo de que se me haya preguntado de si soy pariente de usted, señora, creo que no hay razones para ofenderse.

ADELAIDA.—¿Eh?

VALENTÍN.—Ser pariente de un fontanero no puede deshonorar. Todos los humanos, señora, desde el portero de mi casa hasta el presidente de los Estados Unidos, descendemos de picapedreros.

ADELAIDA.—¿De picapedreros?

MARIANO.—¿De picapedreros?

RAÚL.—(*Interesado.*) A ver, a ver, a ver... ¿Quiere explicar esa teoría?

VALENTÍN.—Descendemos de picapedreros, porque descendemos de hombres que vivieron en la Edad de Piedra, y en la Edad de Piedra todo el mundo era picapedrero.

RAÚL.—(*Maravillado.*) ¡Palabra de honor! Es el fontanero con más talento que he visto...

VALENTÍN.—Muchas gracias, señor. También pongo cristales.

RAÚL.—Lo tendré en cuenta. Bueno... ¡Muy bien! Pues ahora, señores, podemos comenzar las diligencias.

ALEJANDRA.—Pasemos al despacho y...

RAÚL.—No. No. Aquí mismo. Se trata de un matrimonio desgraciado. Y precisamente nos hallamos en la alcoba conyugal, que es lo que podríamos llamar el "lugar del suceso".

ADELAIDA.—Caballero... Permitirá usted que aleje a mi hija menor... Es soltera.

RAÚL.—Si es soltera, resultaría prematuro que conociera cómo se plantea un divorcio.

VALENTÍN.—Si ustedes quieren, yo puedo ilustrarla en cómo se plantea una boda.

ADELAIDA.—¡Usted lo que va a hacer es callarse!

RAÚL.—Usted tiene que limitarse a servir de testigo.

ADELAIDA.—Lisa...

LISA.—¡Mamá!

ADELAIDA.—Vete al salón, con Gerardo, y ejecuta en el piano la romanza "Venecia, dulce ciudad de ensueño".

LISA.—Está bien, mamá. (*Lisa y Gerardo se van por la izquierda.*)

RAÚL.—¡Cómo! ¿Los deja usted solos a esos muchachos?... ¿Siendo novios?

ADELAIDA.—Conozco mis deberes de madre, caballero. Habrá usted observado que exijo que toquen al piano una romanza.

RAÚL.—Sí.

ADELAIDA.—Pues bien: esa romanza tiene que tocarse a cuatro manos... No hay peligro. (*Dentro suena la voz apagada de un piano.*) ¿Ve? Ya tocan juntos. ¡La vida moderna nos ha enseñado tanto a las madres! (*La música sigue tocando muy piano, para que no tape el diálogo.*)

RAÚL.—Su idea es maravillosa, señora. Pero comencemos las diligencias.

VALENTÍN.—¡Sí, sí, comencemos!

ADELAIDA.—(A Raúl.) Señor Grau...

RAÚL.—Aribáu, señora.

ADELAIDA.—Señor Aribáu, le suplico que evite este divorcio.

RAÚL.—No me es posible, se lo aseguro. Precisamente la especialidad de mi carrera son los divorcios. Su hija es mayor de edad, y si ella quiere divorciarse...

VALENTÍN.—¡Naturalmente! Si ella quiere divorciarse...

ADELAIDA.—Pero ¿qué dirán nuestras amistades? ¡Con lo mal que habla la gente!

VALENTÍN.—(Interviniendo nuevamente.) La gente habla mal, en efecto; pero piense usted, señora, en que si todo el mundo hablara bien, los buenos oradores no tendrían público.

RAÚL.—(Cada vez más maravillado.) ¡Qué talento! el de este fontanero!

VALENTÍN.—(Modestamente.) ¡Bah! Todo se reduce a que he tenido muy buenas fuentes... de conocimiento. (El piano deja de tocar, y Adelaida da un respingo, alarmada.)

ADELAIDA.—¡El piano ha dejado de sonar! Ahora vuelvo. (Vase rápidamente por la izquierda.)

RAÚL.—(Viéndola irse.) ¡Pobre y santa madre! (Transición.) Con permiso de ustedes... (A Berta y Valentín.) Haré unas preguntas previas... (Forma un grupo con Berta y Valentín. Alejandra y Mariano se hallan al otro lado de la escena, sentados en sendos sillones, y de espaldas uno a otro.) Veamos... ¿Cómo se llama usted, fontanero?

VALENTÍN.—Valentín... Valentín Lozano.

RAÚL.—¿Edad? ¿Estado?

VALENTÍN.—Cuarenta y cinco años. Casado; con diez hijos varones.

RAÚL.—¿Diez hijos?

VALENTÍN.—Sí, señor. En el barrio me llaman el "Proveedor del Ejército".

RAÚL.—(Dándole la mano.) ¡Diez hijos! Mi enhorabuena en nombre de los primeros pobladores de España. (A Berta.) ¿Y usted? ¿El nombre de usted?

BERTA.—Berta, Berta... Lozano.

RAÚL.—¿Como el fontanero?

BERTA.—Sí. Es un apellido corriente. Cuarenta años. Soltera.

RAÚL.—Soltera, sin hijos...

BERTA.—Sin hijos, para compensar los diez de este señor. (Por Valentín.)

ADELAIDA.—(Entrando por la izquierda.) ¡Pobrecitos!... Se entretenían viendo un álbum de retratos. Ahora he ordenado a la doncella que les haga compañía.

RAÚL.—Perfectamente. Entonces podemos comenzar las diligencias. Siéntense ustedes. (Todos se sientan.)

ADELAIDA.—Un instante, señor Aribáu. Ruego a usted que ordene al fontanero que deje el martillo. Acostumbra accionar con él, y temo

una desgracia. (*Valentín se echa el martillo al hombro.*)

RAÚL.—(*En tono doctoral.*) Señores... He sido llamado para tramitar un divorcio.

VALENTÍN.—Lo sabíamos.

ADELAIDA.—Fontanero, no interrumpa.

RAÚL.—La necesidad de este divorcio es urgente. Doña Alejandra Romay y don Mariano Balfur no se entienden porque no se aman.

BERTA.—Se aborrecen.

VALENTÍN.—Sí; ise aborrecen!

ADELAIDA.—(*Encarándose de nuevo con Valentín.*) Pero ¿usted qué sabe?

RAÚL.—Por ello he dicho que el divorcio es urgente. Pero legalmente, señores, el divorcio, en este caso, es imposible.

MARIANO Y ALEJANDRA. — (*Al mismo tiempo.*) ¿Qué?...

ADELAIDA.—¡Dios mío! (*Con alegría.*)

VALENTÍN.—Como testigo que soy, pido que el abogado explique sus palabras.

RAÚL.—Más claro: no existe causa de divorcio...

ALEJANDRA.—(*Indignada.*) ¿No habrá venido usted para decir eso?

RAÚL.—Un poco *de* calma. Un poco de calma... (*Interrogando a Alejandra.*) Su marido, señora, ¿ha introducido alguna amante en el domicilio conyugal?

ALEJANDRA.—No.

RAÚL.—Primera causa de divorcio que no existe. ¿Usted misma ha tenido amantes?

ADELAIDA.—(*Saltando.*) ¡Caballero! ¡Mi hija es una persona decente!

ALEJANDRA.—¡Calla, mamá! (*A Raúl.*) No, señor. No he tenido amantes.

RAÚL.—Segunda causa de divorcio que no existe. (*A Alejandra y a Mariano.*) A usted, señora, o a usted, señor, ¿les huele el aliento?

ADELAIDA.—¡Qué porquería! (*Todos protestan con el gesto.*)

VALENTÍN.—Usan perborato. Lo he visto en el cuarto de baño.

ALEJANDRA.—No nos huele.

RAÚL.—Tercera causa que no existe. Su marido, señora, ¿le ha pegado alguna vez, causándole lesiones?

ALEJANDRA.—No.

RAÚL.—Cuarta causa negativa. ¿Le ha aconsejado a usted su marido que usted amase a otro hombre?

ALEJANDRA.—No. Y puede que tampoco le hubiese hecho caso.

RAÚL.—Quinta causa de divorcio que no existe. Otra pregunta... de índole delicada. ¿Su marido sufre alguna enfermedad?

MARIANO.—No sufro ninguna enfermedad. Puede usted registrarme.

ALEJANDRA.—El año pasado tuvo la gripe.

RAÚL.—No nos sirve.

VALENTÍN.—Ni a él tampoco.

RAÚL.—(*A Alejandra.*) Y, por último, señora, ni usted ni su marido padecen de enajenación mental...

ALEJANDRA.—¡Ah! Pero ¿la locura es causa de divorcio?

VALENTÍN.—Todo lo contrario: la locura es causa de matrimonio...

ADELAIDA.—¡Fontanero!

RAÚL.—(*A Alejandra.*) ¿Se convence usted, señora, de que no existe causa de divorcio? Existe voluntad; pero causa, no. Claro que yo soy un gran abogado, y existiendo voluntad, lograré el divorcio. ¡La voluntad es la palanca mágica que mueve el mundo!

VALENTÍN.—¡Bravo!

ADELAIDA.—(*Dignísima.*) ¡Fontanero!

VALENTÍN.—¡Bravo! ¡La palanca y el martillo son los grandes orgullos de la mecánica! Dejad que un pobre obrero aplauda tan hermosa frase... ¡Bravo!

RAÚL.—Gracias, muchas gracias... (*Raúl le tiende la mano, y Valentín le da el martillo; luego, rectifica, y ambos se estrechan las manos.*)

ALEJANDRA.—¿Y cómo piensa usted lograr nuestro divorcio? ¿Por incompatibilidad de caracteres?

RAÚL.—No podría. Los juristas, en lugar de resolver divorcios por incompatibilidad de caracteres, aconsejan a los cónyuges unos meses de campo.

MARIANO.—¿Entonces...?

RAÚL.—Mi procedimiento es más sencillo y más seguro. A usted, señora (*A Alejandra*), su marido no le ha pegado nunca. Pues bien: yo he pensado que le pegue a usted hoy, delante de testigos, y así existirá la causa de divorcio denominada "malos tratos".

VALENTÍN.—¡Genial!

RAÚL.—(*Pavoneándose.*) ¿Eh?

VALENTÍN.—¡Portentoso! ¡Genial! (*Le abraza.*) ¡Extraordinario!

ADELAIDA.—¿Que ese hombre pegue a mi hija?

MARIANO.—Que pegue yo a mi mujer, ¿verdad? (*Hace flexiones de brazos, muy contento.*)

RAÚL.—Sí, sí; que le pegue.

VALENTÍN.—Que le pegue y la insulte. Así serán malos tratos de palabra y obra.

RAÚL.—¡Eso es! Muy bien.

MARIANO.—¿Qué dices tú a eso, Alejandra?

ALEJANDRA.—Espero con impaciencia tus insultos y tus golpes.

MARIANO.—¡Magnífico! ¿Le pego también a la doncella? (*Lanza sobre Berta miradas de odio.*)

RAÚL.—Vamos... Comencemos. Usted y usted (*A Berta y a Valentín.*), a mi lado. Abran bien los ojos. Son los testigos. Usted (*A Mariano.*) insulte a su esposa.

MARIANO.—¿Qué le digo? ¿Qué le digo?

VALENTÍN.—Llámela antipática.

RAÚL.—¡Eso es poco! Llámela "hembra sin pudor".

ADELAIDA.—(*Indignada.*) ¡Delante de mí no insulta a mi hija!

RAÚL.—Señora, no interrumpa, que estamos en una diligencia.

ADELAIDA.—Aunque estuviéramos en un expreso, caballero. Es mi hija.

ALEJANDRA.—Mamá, te ruego que te calles. Si no puedes callarte, vete.

MARIANO.—Yo soy el marido, y me veo forzado a pegarle. Ya ve usted, mamá Adelaida, a lo que puede conducirnos la civilización.

RAÚL.—¡Vamos! Tengo prisa... (*A Mariano.*) Insúltela como hemos convenido, y hágala objeto de malos tratos.

MARIANO.—Debo decirle hembra sin pudor, ¿no?

RAÚL.—Sí.

MARIANO.—¡Hembra sin pudor! ¡Hembra sin pudor! ¡Hembra sin pudor! (*De carrerilla.*)

RAÚL.—(*Con gesto de hastío despreciativo.*) ¡No, hombre! Basta con una vez. Pero ¡bien dicho!

MARIANO.—(*Insultante, a Alejandra.*) ¡Hembra sin pudor!

RAÚL.—Eso es. ¡Así! ¡Péguele ahora! (*Mariano va a pegar a Alejandra; pero su mano queda en el aire, sin acabar de caer.*)

MARIANO.—No puedo... Les aseguro a ustedes que no puedo.

VALENTÍN.—Un pequeño esfuerzo...

RAÚL.—¡Vamos! ¡Péguele! ¡No podemos aguardar toda la mañana!

MARIANO.—En fin. (*Cerrando los ojos, le da a Alejandra, un cachete en el hombro.*) ¡Toma!

RAÚL.—¡Más fuerte! Diga usted: "¡Toma hembra sin pudor!" (*Hace ademán de dar un puñetazo espantoso.*) ¡Y zúmbela así!

ADELAIDA.—¡Qué barbaridad! ¡La va a deshacer!

MARIANO.—(*Dando a Alejandra un cachete más fuerte en el brazo.*) ¡Toma, hembra sin pudor!

RAÚL.—¡Basta! ¡Basta! (*Raúl se reviste de dignidad y, echando lumbre por los ojos, se vuelve hacia Berta y Valentín.*) Ustedes han sido testigos... Ustedes lo han visto. Delante de todos nosotros, este hombre (*Señalando a Mariano.*) ha cometido la asquerosa villanía de pegar a su esposa. (*Apocalíptico.*) ¡Qué espectáculo tan repugnante! Las personas honradas estallamos de indignación en estos casos. ¡Parece mentira que semejante cosa pueda ocurrir en pleno siglo veinte!!

MARIANO.—(*Apabullado.*) Pero, oiga usted, Raúl: yo...

RAÚL.—(*Furioso. A Mariano.*) ¡Calle! ¡Calle! No añada el cinismo a la vileza... ¡Canalla! ¿Cómo ha podido usted levantar su mano sobre esta angelical criatura? ¡Todos hemos visto que la ha golpeado usted, y no contento con eso, monstruo de cobardía, la ha insultado!... ¡Qué asco! ¡Insultar a tu pura y digna esposa con la peor palabra que puede salir de labios de un hombre!

MARIANO.—(*Hecho un lío; intentando justificarse.*) Pero, ¡caramba!, yo...

RAÚL.—(*Con voz de trueno.*) ¡Silencio! (*Todos están asombrados.*)

ADELAIDA.—Pero, señor Aribáu...

ALEJANDRA.—Él me pegó porque usted dijo que...

RAÚL.—¡A callar! ¿Van a defenderle? ¡Ah! ¡La familia!... La familia tiene la culpa de que muchos hombres mueran en el patíbulo... Un hombre roba, y la familia, sólo porque es su hermano, o su hijo, o su sobrino, ya encuentra disculpable el robo...

VALENTÍN.—Eso es verdad. Y hay padres que, después de haber sido asesinados por su hijo, todavía le defienden.

RAÚL.—Pero por eso yo he reunido testigos que no son de la familia. *(A Berta.)* ¿Usted vio cómo pegaba e insultaba a su esposa?

BERTA.—Lo vi.

RAÚL.—*(A Valentín.)* ¿Y usted lo vio?

VALENTÍN.—Lo vi, rechinando los dientes de rabia.

RAÚL.—Y entonces... ¿Puede negarse el delito? ¡Hay testigos de esta infamia! ¡Pero no quedará sin castigo! ¡La Inquisición concluyó con Fernando Sexto!...

VALENTÍN.—*(En voz baja.)* Con Fernando Séptimo.

RAÚL.—¡Digo, con Fernando Séptimo! *(Aparte.)* Gracias. *(Alto.)* Y hoy la palabra libertad es algo más que una palabra; ¡es el símbolo y el blasón de una época!

VALENTÍN.—Muy bien.

RAÚL.—Llegado a este doloroso extremo un matrimonio, la vida conyugal se hace imposible, y las almas sólo pueden hallar un lenitivo, un bálsamo y una válvula en la separación, en el divorcio.

VALENTÍN.—¡Eso es!

ADELAIDA.—¡Dios mío, a ello hemos ido a parar!... *(Se deja caer en un sillón.)*

RAÚL.—Porque divorcio significa libertad. *(Al oír esto, Valentín deja escapar un silbido de satisfacción y escribe algo rápidamente en la revista que está sobre la mesita. Raúl sigue su alegato. A Alejandra.)* Usted, señora, quede tranquila. Su marido no estará a su lado. A la manzana podrida se la separa de las demás.

VALENTÍN.—Eso es cierto. Y yo lo sé decir en verso: "Si te dan una cesta de manzanas, separa las podridas de las sanas."

RAÚL.—El divorcio se resolverá con todas las ventajas para usted, señora, y su indigno esposo tendrá que pasarle una fuerte renta mensual. Mi enhorabuena por este excelente resultado. *(A Mariano.)* Y usted, váyase de esta casa. ¡No tiene derecho a habitar un hogar honrado! *(Inclinándose ante los demás.)* Señores, buenos días. *(A Berta.)* Acompañeme hasta la puerta, testigo... *(Saluda muy fino y se va por la izquierda. Mariano, queriendo explicarle algo, le sigue. Detrás de ellos va Berta. Una pausa. Alejandra queda con la vista en el suelo, y al fin, alza el rostro.)*

ALEJANDRA.—Voy a decir adiós a Mariano, por última vez. No quiero que piense que estoy triste. *(Se va por la izquierda.)*

ADELAIDA.—*(Levantándose furiosa y encarándose con Valentín.)* Bueno. ¡Usted tiene la culpa de todo!

VALENTÍN.—¿Yo?

ADELAIDA.—¡Usted, sí, que en su imbecilidad ha sido capaz de hacer de testigo! ¡Es usted un mal hombre!

VALENTÍN.—Soy fontanero.

ADELAIDA.—¡Y esa hija, esa hija, que está loca! ¡Divorciarse! Divorciarse en el mes de mayo, cuando se echa encima el veraneo...

¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Inicia el mutis por la izquierda.)*

VALENTÍN.—*(Lentamente y adoptando un aire distraído, como si hablase solo.)*

El crepúsculo es siempre igual...

El sol se esconde en el fanal
de unas nubes incandescentes...

El crepúsculo es siempre igual...

Pero ilos hay muy diferentes!

(Adelaida, que había llegado a la puerta, se detiene al oír el primer verso, y se vuelve a escuchar los que siguen. Al acabar Valentín, avanza hacia él, estupefacta.)

ADELAIDA.—¿Qué significa? *(Con el temor de equivocarse.)* ¿Es usted Valentín?

VALENTÍN.—"El crepúsculo es siempre igual... Pero ilos hay tan diferentes!"

ADELAIDA.—*(Con certidumbre.)* ¡Valentín!

VALENTÍN.—*(Inclinándose ceremoniosamente.)* Valentín.

ADELAIDA.—Pero... ¡de fontanero!

VALENTÍN.—¿De fontanero?... *(Alargando el pie.)* ¿Son de fontanero estos zapatos?

ADELAIDA.—¿De qué son?

VALENTÍN.—De charol.

ADELAIDA.—*(Con alegría.)* ¡Usted es Valentín! Tal respuesta sólo puede ser de Valentín.

VALENTÍN.—A Valentín no le queda ya más que eso... Eso y aquellos versos que no conoce nadie más que usted: "El crepúsculo es siempre igual..." Ha envejecido mucho Valentín; ha envejecido tanto, que ya se detiene a ver pasar las muchachas de trece años.

ADELAIDA.—¡Bah! Pero el espíritu lo conserva usted.

VALENTÍN.—En alcohol.

ADELAIDA.—Y conserva usted la figura...

VALENTÍN.—En corsé faja.

ADELAIDA.—Y, por lo visto, su vida sigue siendo una novela de aventuras.

VALENTÍN.—Encuadernada en rústica. Además, se le ha estropeado mucho la portada.

ADELAIDA.—*(Sentándose y con expresión curiosa.)* Y a mí, ¿me encuentra usted bien aún?

VALENTÍN.—La encuentro mejor que antes. Ahora ya ha aprendido a pintarse.

ADELAIDA.—¿Me pintaba mal antes?

VALENTÍN.—Se pintaba usted de un modo cubista.

ADELAIDA.—Tenía muy poca experiencia.

VALENTÍN.—Y, además, me dijo usted entonces que también tenía poca luz en el tocador...

ADELAIDA.—Valentín... Pero ¿cómo está usted en esta casa?

VALENTÍN.—Divinamente. Me divierto desde hace nueve horas. He

entrado por el balcón y saldré por la puerta: un itinerario agradable. Por cierto que sus hijas son muy lindas...

ADELAIDA.—Gracias, Valentín.

VALENTÍN.—Y las dos tienen que advertir que son hijas suyas para que uno crea que son más jóvenes que usted.

ADELAIDA.—Muchas gracias, Valentín.

VALENTÍN.—No me dé usted las gracias. Si estuviese hablando con ellas, diría todo lo contrario.

ADELAIDA.—¿Eh? *(Por la izquierda entra Alejandra.)*

ALEJANDRA.—Ya se ha ido. *(Valentín desaparece por la segunda derecha aprovechando la entrada de Alejandra.)*

ADELAIDA.—*(Levantándose y abrazando a Alejandra.)* Hija, te arrepentirás de esto... Te arrepentirás.

ALEJANDRA.—Creo que no, mamá; no quiero a Mariano.

ADELAIDA.—Nunca se sabe si se quiere o no a un hombre. Te arrepentirás... *(Con una transición.)* Arréglate. Vente a casa y almuerza hoy con nosotros.

ALEJANDRA.—Bueno... Eso, sí.

ADELAIDA.—Voy a buscar a tu hermana. La he dejado sola demasiado tiempo. ¡Lo que te vas a arrepentir! *(Se va por la izquierda. Una pausa. Alejandra queda pensativa junto a la mesa enana. Por la derecha entra Valentín. Se ha quitado la chaqueta azul y se ha puesto su ropa; trae al brazo el abrigo, y en la mano el sombrero.)*

VALENTÍN.—Ya he acabado de arreglar la cañería. Adiós definitivamente, señora.

ALEJANDRA.—Adiós.

VALENTÍN.—Me voy muy contento. He resuelto del todo el jeroglífico de palabras cruzadas. Ya sé cuál es la palabra de ocho letras que significa "libertad". Es la palabra "divorcio". Divorcio. Ocho letras... *(Se inclina e inicia el mutis. En este momento entra Mariano por la puerta de la izquierda, a cuerpo, pero con el sombrero puesto. Entra rápidamente, como si viniera a hacer alguna advertencia a Alejandra.)*

MARIANO.—Venía a decirte, Alejandra, que... *(Ve a Valentín y se detiene, estupefacto. Alejandra se pone en pie, adivinando lo que va a pensar Mariano. Una pausa. Súbitamente furioso. Quitándose el sombrero y tirándolo de un revés.)* ¿Qué es esto? ¿Quién es ese hombre?

ALEJANDRA.—*(Angustiada.)* Es..., es el fontanero, Mariano.

VALENTÍN.—Sí, señor; el fontanero.

MARIANO.—*(Contemplando el estupendo abrigo de Valentín, su sombrero elegante y su traje impecable.)* El fontanero, ¿eh? ¡Está bien, Alejandra!

ALEJANDRA.—No es el fontanero, Mariano. Pero, por Dios, no pienses nada malo...

VALENTÍN.—No piense usted nada malo, caballero.

ALEJANDRA.—*(A Mariano.)* Yo te explicaré, ¿sabes? *(Señalando a*

Valentín.) Entró anoche por el balcón y...

MARIANO.—(*Cortándola.*) ¡Calla! ¡No me des detalles! Sé perfectamente que en estos casos se suele entrar por el balcón.

ALEJANDRA.—¡Mariano, que yo te aseguro que...!

MARIANO.—¡Te he dicho que calles! Piensa que podría matarte a ti también.

VALENTÍN.—(*A Alejandra.*) Eso es, piense que la puede matar a usted también...

MARIANO.—Pero no lo haré. Soy un hombre civilizado. Me limitaré a matar a este señor. (*Por Valentín.*)

VALENTÍN.—Le agradezco a usted de veras esa distinción tan civilizada; pero si no quiere molestarse...

MARIANO.—Matarle a usted es cosa decidida.

ALEJANDRA.—¡Pero, Mariano...!

VALENTÍN.—(*Imponiéndola silencio con un gesto.*) ¡Chis! Nada podemos hacer, señora. Lo tiene decidido...

MARIANO.—Vamos a mi despacho. Esto no debe trascender. Además, usted (*A Valentín.*) tiene que firmar una carta al juez para que la Policía no me moleste cuando le haya matado. Y tú (*A Alejandra.*), ¡ni una palabra! Si hablas o gritas, seguirás la suerte de este señor. ¡Vamos! (*Les indica la puerta de la izquierda.*)

ALEJANDRA.—(*Suspirando, aterrada.*) ¡Dios mío! (*Hace mutis.*)

VALENTÍN.—(*Cediendo el paso a Mariano.*) Usted primero, caballero. No puedo consentir...

MARIANO.—Pase usted. (*Secamente.*) Vamos... Hágame el favor de pasar. (*Aún dudan unos momentos mutuamente, y, por fin, se deciden a un tiempo y hacen mutis, dándose un empujón involuntario.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Un despacho lujoso. En el foro, una puerta de corredera con forillo de pasillo. Apliques, lámpara en el techo y sobre la mesa. Teléfono portátil. Diván y dos butacones en el primer término.

Al levantarse el telón, la escena sola. Hay una pausa larga. Al final de ella, la puerta del foro, que estaba cerrada, se abre, y en el forillo aparecen Alejandra, Valentín y Mariano. Los tres se hallan en idéntica situación en que los dejamos al final del acto segundo. Es decir, que en el entreacto nuestros amigos no han hecho más que recorrer el pasillo de la casa y trasladarse de la alcoba a ese despacho en que los presentamos. Naturalmente, Alejandra viste el mismo traje; Valentín trae el sombrero en la mano y el abrigo al brazo, y Mariano el sombrero; en una palabra, de un acto a otro, nada ha cambiado en ellos, ni siquiera el gesto o la actitud.

EMPIEZA LA ACCIÓN

MARIANO.—*(Desde el forillo, a Alejandra, secamente.)* Pasa. *(A Valentín.)* Pase usted. *(Valentín y Alejandra entran en escena.)*

VALENTÍN.—*(Aparte a Alejandra, y rápidamente.)* Señora, no proteste; cálese; y dígame a todo que sí. Conozco estos caracteres fríos y calcinadores, y no conviene excitarle... *(Mariano va lentamente hacia la mesa de despacho, y Valentín y Alejandra, cada uno a un lado de la escena, esperan los acontecimientos: ella, angustiadísima; él, dominándose, como de costumbre. Por fin, Mariano parece decidirse. Saca una pistola del cajón y la examina en silencio durante unos segundos. Alejandra mira a su marido con los ojos muy abiertos por la ansiedad. Valentín se acerca a Mariano. Con curiosidad.)* ¿Calibre seis treinta y cinco.

MARIANO.—Sí, señor. Calibre seis treinta y cinco.

VALENTÍN.—¿De cuántos tiros?

MARIANO.—De seis.

VALENTÍN.—Pues si usted me apunta bien, van a sobrar cinco.

MARIANO.—Sobrarán.

VALENTÍN.—¡Ah! *(Pausa.)* Es muy bonita, ¿eh?

MARIANO.—No es fea.

VALENTÍN.—¿La compró, o se la regalaron?

MARIANO.—*(Mirándole fijamente.)* Creo que no es éste el instante de

satisfacer su curiosidad.

VALENTÍN.—Es una curiosidad póstuma. Y estoy en mi derecho al pedir informes de la pistola. Nunca me perdonaría el morir por culpa de un arma de procedencia criminal.

MARIANO.—Siéntese ahí y escriba lo que voy a dictarle.

VALENTÍN.—¿Dónde me siento?

MARIANO.—Ahí. *(Le señala el sillón de la mesa.)*

VALENTÍN.—Un momento... Me parece indispensable advertirle que yo no tengo costumbre de escribir al dictado.

MARIANO.—No importa. Siéntese y escriba.

VALENTÍN.—*(Sentándose ante la mesa de despacho.)* ¿Quiere usted dejarme su estilográfica? Si no es con estilográfica, no puedo escribir... Ayer me compré una, y se me perdió. Bueno... La verdad es que no recuerdo bien si se me perdió o es que no llegué a comprarla.

MARIANO.—*(Dándole la estilográfica.)* Tome. Y escriba. *(Se pone a pasear de largo a largo de la habitación, con las manos en la espalda. Sigue teniendo la pistola en la derecha.)*

VALENTÍN.—¿Papel?

MARIANO.—Hay ahí. *(Señalando la mesa.)*

VALENTÍN.—Pero este papel está timbrado con su nombre, y me parece mal escribirle al juez en un papel ajeno.

MARIANO.—No importa. Será señal de que usted ha muerto en esta casa voluntariamente. *(Impaciente.)* ¡Escriba! *(Paseándose y dictando.)* "Señor juez de guardia. Mi distinguido amigo."

VALENTÍN.—¿Amigo ?

MARIANO.—¡Amigo! Escriba usted. *(Dictando.)* "Harto de mi vida sin ideales... *(Valentín hace un gesto de disgusto, como si protestara de que él tiene ideales; pero se resigna y escribe.)*, he decidido morir. Lamento molestarle en el cumplimiento de su deber; pero no puedo hacer más que lamentarlo."

VALENTÍN.—*(Escribiendo.)* "...lamentarlo." *(A Mariano.)* ¿Le parece a usted que pongamos un párrafo hablando de lo duro que es siempre el cumplimiento del deber?

MARIANO.—No. Escriba. *(Dictando.)* "Pido perdón a usted, así como a mi querido amigo don Mariano Balfur, en cuya casa me suicido. Y advierto, naturalmente, que nadie más que yo es responsable de mi muerte."

VALENTÍN.—Ahora se dice "tránsito".

MARIANO.—Ponga usted "muerte", para que nadie tenga ninguna duda.

VALENTÍN.—Pondré "muerte". Y si alguien duda, bastará que vean mi cadáver para comprender que he fallecido. *(Escribe.)*

MARIANO.—Exacto. *(Dictando.)* "Queda de usted afectísimo..." Firme con dos apellidos y rubrique.

VALENTÍN.—Ya está.

MARIANO.—Traiga. *(Coge el papel y lo lee mentalmente.)* Está bien. Guárdese en un bolsillo. *(Se lo da.)* El juez debe encontrarlo en su

bolsillo.

VALENTÍN.—¿En qué bolsillo me lo guardo?

MARIANO.—Es igual. Basta con que sea en uno. ¿Tiene usted alguna disposición que hacer?

VALENTÍN.—No se me ocurre nada. Pero si usted me dejara unos años para pensarlo...

MARIANO.—Lo siento; no es posible. Y ahora, Alejandra (*Volviéndose hacia ella*), supongo que habrás cambiado de opinión respecto a mí. Me dijiste anoche que yo era un hombre vulgar. Lo que estoy haciendo no es propio de un hombre vulgar.

ALEJANDRA.—No lo es. Pero óyeme, Mariano: sufres un error. Yo quiero explicarte...

MARIANO.—(*Tajante.*) ¡De eso, ni una palabra! ¡Ni una palabra, o perderé la serenidad! (*Coge la pistola con la izquierda y tira del cerrojo con la mano derecha, pero el cerrojo no cede. Durante unos momentos, Mariano, con gesto contrariado, forcejea en la pistola. Valentín y Alejandra le contemplan con enorme interés.*)

VALENTÍN.—(*Después de una pausa en la que Mariano hurga en la "browning".*) ¿Qué pasa?

MARIANO.—No sé... Parece que se ha atrancado... (*Sigue forcejeando.*)

VALENTÍN.—(*Después de otra pausa.*) ¿No puede? A lo mejor es que está en el seguro.

MARIANO.—(*Con esa rabia reconcentrada que siente todo hombre al luchar contra un mecanismo rebelde.*) No... Si el seguro lo he quitado antes...

VALENTÍN.—Saque usted el cargador, a ver... (*Los tres forman un grupo lleno de curiosidad y de ansia de triunfo. Mariano saca el cargador del arma y vuelve a forcejear.*)

MARIANO.—Tampoco...

VALENTÍN.—Meta otra vez el cargador de un golpe, y tire del cerrojo bruscamente. (*Mariano obedece.*)

MARIANO.—No hay manera.

VALENTÍN.—Déjeme usted a mí... (*Le pide la pistola con un gesto.*)

MARIANO.—(*Dándole la pistola.*) Cuidado, no se dispare y se hiera usted.

VALENTÍN.—(*Forcejeando a su vez.*) Bueno, es una lata... Ahora, ni para atrás ni para adelante.

MARIANO.—¿No se le habrá dado la vuelta al cañón? Traiga, a ver si... (*Le coge la pistola a Valentín y vuelve a bregar con ella.*)

VALENTÍN.—¡Para que luego hablen de las armas modernas!... Si viviésemos en el siglo trece, usted me habría dado un hachazo, y ya habríamos acabado de una vez.

MARIANO.—¡No hay forma; está visto!

VALENTÍN.—¿Por qué no probamos a engrasarla? (*A Alejandra.*) ¿Quiere usted llamar a una doncella, señora, para que traiga un poco de aceite?

MARIANO.—No. Que no llame a nadie. Acaso este incidente sea

providencial... ¡Sí! ¡Es providencial! (*Deja la pistola en la mesa.*)

ALEJANDRA.—¿Eh?

MARIANO.—Creo en la Providencia, y he pensado no matarle a usted. (*A Valentín.*)

VALENTÍN.—Entonces, yo también creo en la Providencia.

MARIANO.—(*Sentándose.*) Muchas veces he pensado en lo que yo haría si me hallase en un caso como éste, y siempre llegué al convencimiento de que mataría al seductor.

VALENTÍN.—Pero tenga usted en cuenta que nunca pensó en que se le iba a estropear la pistola.

MARIANO.—Por eso creo que es providencial la avería. ¡Porque podré no haberle matado a usted; pero no dejaré de aborrecerla a ella jamás! (*Se levanta.*)

ALEJANDRA.—¡Mariano!

MARIANO.—¡Jamás! (*Va hacia la puerta.*)

ALEJANDRA.—No. Eso no... (*Le obliga a volver sobre sus pasos.*) Tienes que oírme. Tú no puedes creer lo que crees y juzgarme como una mala mujer.

MARIANO.—(*Cruzándose de brazos.*) Habla. Te oigo.

VALENTÍN.—(*Aparte.*) Hermosa actitud.

ALEJANDRA.—Yo no conozco a ese señor. (*Por Valentín.*) Anoche, al rato de irte tú, entró por el balcón de la alcoba. Me dijo que era un ladrón; luego lo negó, me hizo apagar la luz...

MARIANO.—(*Levantando los brazos al cielo.*) ¡Apagar la luz! ¡Y lo confiesa! ¡Es el colmo! (*Se pasea como una fiera en la jaula, diciendo: "¡Es el colmo! ¡Es el colmo!" Alejandra, desesperada, le sigue en sus evoluciones.*)

ALEJANDRA.—¡Pero escúchame! ¡Escúchame, por Dios!

VALENTÍN.—Caballero, escúchela, que los ataques de nervios de la mujer son mortíferos para la salud del marido.

MARIANO.—Ni yo soy su marido, ni ella es mi mujer. (*Deteniéndose. A Alejandra.*) En fin, habla. A ver qué mentiras se te ocurren.

ALEJANDRA.—No miento. Digo la verdad. Me hizo apagar la luz para salvarse de un policía; pero luego resultó que lo que quería era ver qué tal estaba la habitación a la luz de la luna.

MARIANO.—¿Y eso dices que es una verdad? ¿Me quieres hacer creer que eso puede ocurrir? ¡Se necesita ser idiota como un mosquito!

ALEJANDRA.—¡Que es cierto, Mariano!

VALENTÍN.—Es cierto, caballero.

MARIANO.—(*Gruñendo.*) Bueno. Sigue. A ver hasta dónde llega la imaginación de una infiel...

ALEJANDRA.—Te pido de rodillas que me creas. Yo le dije: "Váyase usted...; soy una mujer honrada", y él me contestó que por eso mismo no podía irse, porque le verían salir y juzgarían mal de mi persona y de mi conducta. Entonces decidió pasar aquí la noche...

MARIANO.—¿Y eso no podía hacer que te juzgasen mal? ¡Qué idiotez! ¡Qué idiotez!

ALEJANDRA.—(*Llorosa.*) ¡Pero, Mariano, si pasó la noche en un sillón! ¡Si yo he dormido en la alcoba de respeto! Puedes preguntárselo a Berta...

MARIANO.—Yo no acudo a las doncellas más que para mandarles que me preparen el baño.

VALENTÍN.—Eso está bien.

MARIANO.—(*A Valentín.*) Ni busco tampoco su opinión.

VALENTÍN.—Eso está mal.

ALEJANDRA.—Esta mañana, cuando ya se iba, llegaron mamá, Lisa y Gerardo, y para que no creyesen lo que no era, este señor se vistió de fontanero. Luego, llegaste tú..., y eso es todo. (*Llorosa.*) ¡Y pensar que yo...!

MARIANO.—¡Mentira sobre mentira!... ¡Un tejido de embustes! ¡Bah! Si al menos tus mentiras te diesen interés...

ALEJANDRA.—¡Ay, que dice que no tengo interés!...

MARIANO.—¡Adiós, Alejandra! ¡Lo mejor es el desprecio! Mi desprecio será el mayor castigo para ti... Ahí te quedas con ese... fontanero. Si aún me quieres, también él resultará castigado, porque le arañarás al ver que por él me pierdes a mí... ¡Adiós para siempre! (*Hace un gesto digno y se va. Alejandra se queda mirando a la puerta, como si estuviese soñando. Hay una pausa larga, al cabo de la cual ella reacciona angustiada.*)

ALEJANDRA.—¡Se ha ido! ¡Se ha ido!...

VALENTÍN.—Sí, verdaderamente se ha ido.

ALEJANDRA.—¡Y se ha ido por usted!

VALENTÍN.—Crea usted, señora, que si en lugar de ser yo hubiera sido otro, él se habría marchado igual.

ALEJANDRA.—(*Furiosa.*) ¡Se habría marchado igual! ¿Y usted no ve que le pierdo por su culpa?

VALENTÍN.—Puede ser. Pero no me arañe usted, que se le va a saltar el esmalte de las uñas.

ALEJANDRA.—(*Desesperada.*) ¡Dios mío! ¡Un hombre como él! ¡Un hombre que me llevaba al teatro todos los domingos! ¡Un hombre que sabía lucir tan bien el "smoking"! ¡Un hombre que le interesaba a una hasta leyendo el programa de la "radio"! ¡Un hombre que estaba siempre en todo, que si teníamos entradas para el teatro o para el "cine", venía temprano a comer! ¡Un hombre que entendía tanto de fútbol y de toros!... ¡Un hombre de tanto espíritu!

VALENTÍN.—Pero...

ALEJANDRA.—¡Y delicadísimo! ¡Y complaciente! ¡Perder a ese hombre! (*Llorosa.*) ¡Perder a ese hombre por un fontanero!

VALENTÍN.—Señora, que yo no soy fontanero...

ALEJANDRA.—Pero merecía usted serlo. ¡Dios mío! (*Se deja caer, gimoteando, en un sillón.*)

VALENTÍN.—Usted se olvida, señora, de que cuando yo aparecí anoche, usted ya había determinado divorciarse...

ALEJANDRA.—¡Vaya una cosa! Ya se sabe que se determina el

divorcio... ¿Y qué? Luego le llama a una el juez y le hace a una varias reflexiones con voz dulce: "Señora, mire usted bien el paso que va a dar... Señora, que su marido la quiere mucho..." Y una se emociona un poquito y deja que salga una lágrima. Y entra el marido y dice: "Tú has llorado, amor mío..." Y una niega. Y él insiste. Y habla el juez. Y habla el marido, y todos ruegan y suplican. Y entonces, una hace un gesto de sacrificio, y dice: "En fin..., lo hago por los hijos." Y si no se tienen hijos, se añade: "Lo hago por los hijos., que puedan venir de ahora en adelante."

VALENTÍN.—¡Qué bonito cuadro! Pero si los hijos han de venir de ahora en adelante", con tal de no reunirse otra vez, no hay necesidad de sacrificarse por los hijos...

ALEJANDRA.—(*Mirándole despreciativamente.*) ¡Uf! ¡Qué vulgaridad! ¡Qué reflexiones de fontanero!

VALENTÍN.—Bueno, ya no hay quien me quite ese oficio de encima. ¡Si lo sé, me finjo aviador, que es más elevado. (*Queda en la derecha. Por el foro entra Adelaida, muy extrañada y confusa, y se dirige a Alejandra.*)

ADELAIDA.—Pero ¿qué es esto? Mariano ha vuelto; se ha ido otra vez, echando chispas; se ha negado a explicarme detalles, y dice que ahora más que nunca es necesario el divorcio. Explícate, Alejandra...

ALEJANDRA.—Yo no explico nada; no tengo ganas de explicar nada. ¡Que te lo explique el fontanero! ¡Dios mío, qué desgracia tan grande! (*Se va por la izquierda a punto de llorar, desesperada.*)

ADELAIDA.—(*Moviendo la cabeza en señal de reproche.*) ¡Pero, Valentín!, ¿cómo se las arregla usted para estar siempre metido en algún lío?

VALENTÍN.—No lo sé... La verdad es que no lo sé. ¿Usted cree, señora, que el Destino puede influir en la vida de un hombre?

ADELAIDA.—¿Qué clase de destino?

VALENTÍN.—No. El Destino en general; la suerte, lo que "está escrito".

ADELAIDA.—¡Ah! Creí que se refería usted a alguna plaza en Hacienda. (*Transición.*) Pues..., la verdad, no sé... No tengo opinión formada sobre eso...

VALENTÍN.—Pues si el Destino influye en mi vida, mi destino es andar siempre mezclado en un lío u otro. Entro en ellos sin saber cómo; salgo sin saber por dónde. Pero me paso la vida entrando y saliendo en cien jaleos diversos. Incendios, divorcios, secuestros, hundimientos, descarrilamientos, herencias embrolladas, bodas, robos, detenciones de estafadores...; en todas estas cosas, y en muchas más, me he visto siempre metido sin comerlo ni beberlo. He estado mezclado hasta en un raptó. (*Sonriendo con intención.*) En un raptó...

ADELAIDA.—(*Después de una pausa y de mirarle fijamente.*) ¡Ah! ¿No lo ha olvidado usted?

VALENTÍN.—¿Cómo voy a olvidarlo? Si fue una de mis aventuras más encantadoras. Además, los dos éramos jóvenes entonces...

ADELAIDA.—¿Los dos? ¡Los tres!

VALENTÍN.—¡Es verdad! Los tres... Pero ¡qué distraído soy! (*Con súbito y amable interés.*) ¿Y él? ¿Y Lorenzo?

ADELAIDA.—Quedó en casa. Tiene ahora cincuenta y cuatro años, y le encanta ir a los teatros de variedades y tomar magnesia bisurada.

VALENTÍN.—¿Recuerda usted? Fue hace ya treinta años. Era el día diez de abril...

ADELAIDA.—El día nueve. Lunes.

VALENTÍN.—¡Es verdad! El día nueve. Lunes. Yo viajaba en el correo de Barcelona. Era de noche, una noche de primavera, por cierto... Iba leyendo un libro; pero acababa de dejarlo, y recostaba mi cabeza en el marco de la ventanilla...

ADELAIDA.—Prefería usted ver la luna a leer...

VALENTÍN.—No. Había dejado de leer, porque la luz del vagón era infame.

ADELAIDA.—Hoy pasa lo mismo que entonces...

VALENTÍN.—Sí. Pero ahora, cuando me sucede, en lugar de contemplar la luna, empiezo a decir pestes de la R. E. N. F. E.

ADELAIDA.—Los años...

VALENTÍN.—(*Alarmado.*) ¿Eh?

ADELAIDA.—¡Los años que hace!

VALENTÍN.—¡Ah, sí! (*Transición.*) Llegaba el tren a la estación de Meco, y de pronto, ¡zas!, dos novios fugados que suben al vagón, escondiéndose. Él tenía veinticuatro años, y ella, dieciséis. Ella era usted; él era Lorenzo, su marido, el padre de Alejandra y de Lisa...

ADELAIDA.—(*Suspirando.*) ¡Ay!

VALENTÍN.—Me explicaron. Lorenzo la acababa de raptar. El padre de usted venía siguiéndolos.

ADELAIDA.—¡Pobre papá!

VALENTÍN.—¿Murió?

ADELAIDA.—De los disgustos. Yo era la mayor de mis hermanas; a todas nos raptaron los que luego fueron nuestros maridos. Cuando raptaron a la más pequeña el pobre papá murió agotado.

VALENTÍN.—En un rapto de desesperación, claro. Era muy simpático. Era simpatiquísimo. Y, luego, ¡tan amable! Recuerdo cuando entró en el vagón, hecho una furia y pegándoles puntapiés a las maletas...

ADELAIDA.—Sí. Pero tuvo que volver a marcharse...

VALENTÍN.—Porque usted estaba agazapada en el estribo, por la parte de fuera, oculta...

ADELAIDA.—¡Y con un miedo a que el tren entrase en un túnel!

VALENTÍN.—Luego... acabamos el viaje en Zaragoza...

ADELAIDA.—Nos casamos en el Pilar...

VALENTÍN.—Y al separarnos, nos prometimos amistad eterna...

ADELAIDA.—Y nos repetimos, de despedida, unos versos de usted...

VALENTÍN.—(*Recitando.*)

El crepúsculo es siempre igual.

El sol se esconde en el fanal

de unas nubes incandescentes...

ADELAIDA.—(*Terminando.*)

El crepúsculo es siempre igual...

¡Pero los hay muy diferentes!

Y he aquí que una nueva aventura, en la que usted aparece metido, vuelve a unirnos..., ya un poco viejos...

VALENTÍN.—(*Sonriendo.*) ¡Pchs!... El crepúsculo es siempre igual.

ADELAIDA.—(*Mirándole de alto abajo.*) ¡Pero los hay muy diferentes...! (*Transición.*) Berta me ha explicado... ¿Cómo se le ocurrió entrar anoche por el balcón?

BERTA.—(*Entrando por la izquierda.*) Señora... La señorita está en su alcoba llora que te llora... ¿Qué será que donde entra éste se acaba la paz? (*Por Valentín.*)

VALENTÍN.—Estás equivocada, Berta. Donde entro yo entra la paz. Por lo visto te has olvidado de que, cuando yo entré aquella noche, Alejandra y su marido se habían separado ya. (*Adelaida mira a ambos con sorpresa de ver que se tutean. Por la izquierda entra la Doncella jovencita.*)

DONCELLA.—Señora, vengo a decir a la señora que en la puerta de la escalera está toda la mañana un perro, que no hace más que arañar la madera, y no se va aunque le demos escobazos.

VALENTÍN.—(*Vivamente.*) ¡"Kant"! ¡Ese es "Kant"!

ADELAIDA.—¿Quién?

VALENTÍN.—"Kant", mi perro. (*A la Doncella.*) Éntrele usted en seguida. (*Se va la Doncella.*) ¡Pobre "Kant"! Es un "setter" que vive conmigo. Anoche, cuando entré por el balcón, venía con él; el pobrecito se quedó en la calle y, como olía mi rastro, no ha querido separarse de la puerta. Es un perro extraordinario.

BERTA.—Pero su amo es más extraordinario todavía. ¿Ve la señora el jaleo que ha organizado en la casa? (*A Adelaida, refiriéndose a Valentín.*) Pues siempre ha hecho lo mismo. Por eso yo, aun siendo su hermana, no he querido vivir nunca con él, y, en mi deseo de ser independiente, prefiero la tranquilidad de servir a la zozobra de que me sirvan otros viviendo con Valentín.

VALENTÍN.—Calumnias. Yo no soy quien arma jaleos. Es que me encuentro metido en ellos sin saber por qué. (*En la izquierda suenan las voces de dos personas que discuten airadamente.*)

ADELAIDA.—¿Qué es eso?

VALENTÍN.—Otro conflicto... Seguro.

ADELAIDA.—¿Qué ocurre? (*Por el foro entran Lisa y Gerardo. Especialmente él, está que echa chispas. Los sigue la Doncella.*)

GERARDO.—¡Pues no! ¿Sabes? ¡Pues no! Es demasiado, ¿eh? Es demasiado, realmente.

LISA.—Si es demasiado, lo dices. Y con tarifar, en paz. Yo tarifo. Tarifamos, ieso es!

ADELAIDA.—Pero ¿qué pasa?

GERARDO.—Que estoy negro. ¡Hala! ¡Negro! Realmente negro... Que si

yo lo hubiera visto antes... ¡Realmente!

ADELAIDA.—Pero ¿qué es?

LISA.—Que éste (*Por Gerardo.*) está en un plan imposible.

GERARDO.—Yo, ¿eh? ¡Ella! ¡Ella, que no hay quien la aguante! Es inaguantable. Realmente inaguantable. Creo que a mí... ¡Nones! Porque si ella cree que yo... ¡Ca! Desde que ha visto que su hermana se va a divorciar, se encoge de hombros a todo. Y yo no quiero una mujer que se encoja.

ADELAIDA.—Me lo temía. Empieza a perder el interés por casarse.

LISA.—No, mamá. Es que... (*Habla aparte con Adelaida y Berta.*)

GERARDO.—(*En otro aparte con Valentín.*) Yo no sé quién es usted. Realmente, no le conozco. Pero ¿usted qué opina de esto? ¿Usted qué me aconseja? Realmente, ¿eh? Realmente...

VALENTÍN.—Pero realmente, ¿a usted qué le ocurre?

GERARDO.—Pues eso. Que no me hace caso; que se ha enfriado conmigo desde que sabe que su hermana se divorcia.

VALENTÍN.—¿Y usted quiere evitar ese enfriamiento?

GERARDO.—¡Claro!

VALENTÍN.—Pues no tiene más que un camino: asustarla. Hacerle creer que usted se va, o que la deja, o que va a tomar una decisión grave.

GERARDO.—¡Eso es! ¡Sí, señor! Es verdad. Realmente, es verdad. ¡Asustarla! ¡Claro! Hay que pensar algo para asustarla... (*Por la izquierda entra Alejandra. Tiene una expresión rabiosa en el semblante. Se acerca a Valentín.*)

ALEJANDRA.—Necesito hablar con usted muy seriamente de mi divorcio. ¿Lo oye usted? ¡De mi divorcio!

VALENTÍN.—Muy bien.

ADELAIDA.—Espera un momento, hija mía. (*Llamando a la Doncella jovencita.*) ¡Leonarda!

DONCELLA.—¿Señora?

ADELAIDA.—Haz compañía a los señoritos... (*A Gerardo.*) Gerardo..., ¿quiere usted pasar un momento al saloncito con Lisa? (*A Lisa.*) Lisa, ve con Gerardo.

LISA.—Voy, mamá.

GERARDO.—(*Aparte, en el mutis.*) ¡Menudo susto se me está ocurriendo!... (*Lisa y Gerardo se van, seguidos de la Doncella.*)

ADELAIDA.—(*A Alejandra.*) No hables nunca de tu divorcio delante de Lisa, Alejandra.

VALENTÍN.—Creo que su precaución de hacerlos acompañar por la doncella es inútil. Gerardo y Lisa están "de monos". Realmente, "de monos"...

ADELAIDA.—Lo he hecho por eso precisamente. Cuando unos novios están regañados es cuando se hallan en mejores condiciones para reconciliarse.

VALENTÍN.—Acertadísimo. Es verdad...

ALEJANDRA.—(*A Valentín, muy nerviosa.*) He meditado mucho sobre todo lo ocurrido. Usted tiene la culpa de que Mariano se haya ido

como se ha ido. Y exijo que usted deshaga este error, que me va a costar la felicidad. ¡Lo exijo!

BERTA.—Eso está muy bien. El que arme líos, que los deshaga...

ADELAIDA.—Está usted en la obligación de devolver la felicidad a Alejandra y a todos, amigo mío.

ALEJANDRA.—(*Acosándole.*) Pero inmediatamente.

BERTA.—Sin perder tiempo.

ADELAIDA.—Y así cumplirá usted con su deber.

VALENTÍN.—Perdonen ustedes un momento, señoras; pero es la una y cuarto de la tarde...

ALEJANDRA.—¿Y qué?

VALENTÍN.—Que precisamente a esta hora quedé con mi sastre en que le telefonaría... Con permiso, ¿eh? (*Coge el teléfono y marca un número, ante el asombro de ellas.*) (*Al teléfono.*) ¿Es Menéndez? ¡Ah! Muy bien. Quería decirle que, por fin, necesito el "smoking" para mañana. Bueno, bueno. Adiós, Menéndez. (*Cuelga el aparato.*) Alejandra, discúlpeme... Decía usted, querida amiga, que este error le va a costar la felicidad...

ALEJANDRA.—¡Naturalmente! Conozco a Mariano. Se ha ido creyendo que usted me había seducido, y no volverá.

ADELAIDA.—(*Hecha un lío.*) ¿Que se ha ido creyendo eso? Pero ¿cómo es posible?

BERTA.—(*A Adelaida.*) La señorita me lo ha contado entre lágrimas. Este ganso (*Por Valentín.*) se las ha arreglado de manera para figurar como un seductor.

VALENTÍN.—Berta, prescinde por un momento de decir tonterías. (*Se sienta en un sillón y enciende un cigarrillo.*)

BERTA.—Yo no digo tonterías, y tú eres un lioso, Valentín.

ALEJANDRA.—¡Perder a Mariano por culpa de un fontanero!

VALENTÍN.—¡Y dale con lo de fontanero!

ADELAIDA.—(*A Valentín.*) Sinceramente: es imperdonable indisponer a un matrimonio.

ALEJANDRA.—¿Y hay derecho, después de haber cometido una monstruosidad semejante, a tumbarse en un sillón y a prender fuego a un cigarro?

VALENTÍN.—Considere usted que sería mucho más monstruoso que me tumbase en el cigarrillo y le prendiese fuego al sillón...

ALEJANDRA.—(*Retorciéndose los dedos, desesperada.*) ¡Ay, qué hombre tan antipático!

ADELAIDA.—Pero, Valentín...

BERTA.—(*A Valentín.*) ¿No te da pena ver la desesperación de esa niña?

VALENTÍN.—Me da pena; pero es que, francamente, no comprendo lo que se quiere de mí.

ALEJANDRA.—¿Y qué voy a querer? Que Mariano vuelva...

BERTA.—¡Pobrecita! Y pensar que cuando el señorito se marchó iba diciendo por el pasillo: "Yo no piso esta casa ni con chanclos..."

ADELAIDA.—¿Decía eso? ¡Válgame Dios!

ALEJANDRA.—¡Que vuelva Mariano! ¡Eso es lo que quiero!

BERTA.—(A *Valentín*.) Y te lo dice a ti, porque tu obligación es hacerle volver...

VALENTÍN.—Sin embargo, eras tú la que opinabas que debían divorciarse.

BERTA.—Pero aquello era una nube de verano, y esto es un pedrisco.

VALENTÍN.—En fin, si no se trata más que de que vuelva Mariano... (Mirando el reloj.) Faltan tres minutos para que vuelva...

ALEJANDRA.—(Volviéndose rápidamente.) ¿Qué?

VALENTÍN.—Eso. Que faltan tres minutos. (Alejandra y Berta se acercan, curiosas, a Valentín.)

ALEJANDRA.—¿Habla usted en serio?

VALENTÍN.—Tan en serio como cuando me examinaba de Anatomía patológica.

ADELAIDA.—(Acercándose a Valentín también.) ¿Hablabas en serio antes?

VALENTÍN.—Sí.

ALEJANDRA.—¿Es verdad que faltan tres minutos para que venga Mariano?

VALENTÍN.—Dos minutos nada más. Ya ha pasado uno.

ALEJANDRA.—Pero ¿en qué se funda para suponer eso?

VALENTÍN.—En que los hombres volvemos siempre. Ya ve usted el caso de Cristóbal Colón... Se fue a las Indias, y, al marcharse, armó un jaleo nacional. "Que se ahoga..." "Que se cae en el vacío y se mata..." "Que no encuentra tierras..." "Que se muere de hambre..." Pues nada: a los pocos meses volvía. ¿Por qué? Porque era hombre, y los hombres volvemos siempre.

ALEJANDRA.—Pero Mariano se ha ido desesperado...

VALENTÍN.—No importa. Dentro de un minuto estará aquí.

ALEJANDRA.—¿De un minuto?

VALENTÍN.—De cincuenta segundos.

ALEJANDRA.—Pero... (Por la izquierda entra la Doncella jovencita, muy contenta.)

DONCELLA.—¡Señorita! ¡El señor!

ALEJANDRA.—¿Qué?

DONCELLA.—¡Acaba de bajarse de un "taxi"!... (Vase por el foro a la carrera.)

ALEJANDRA.—¡Dios mío! ¡Y vuelve en "taxi"!

VALENTÍN.—Eso no lo hizo Cristóbal Colón. (Alejandra espera, ansiosa, a Mariano en la puerta.)

ADELAIDA.—(A Valentín.) Sabía usted que volvía, ¿verdad?

VALENTÍN.—Le he avisado yo por teléfono.

ADELAIDA.—¿Cuándo?

VALENTÍN.—Antes. Cuando he fingido que le hablaba al sastre. La frase "Necesito el *smoking* para mañana" era una frase convenida con Mariano. Yo debía pronunciarla cuando estuviese convencido de que

Alejandra deseaba su vuelta.

ADELAIDA.—Entonces, ¿todo había sido arreglado entre ustedes?

VALENTÍN.—Desde anoche. Encontré a Mariano en la calle cuando salía, rabiando, de aquí; me contó lo que pasaba, y creí que era un deber mío entrar por el balcón para hacer cambiar de opinión a Alejandra.

BERTA.—¡Líos! ¡Siempre líos por todas partes!

MARIANO.—(*Entrando.*) ¡Alejandra!

ALEJANDRA.—(*Suspirando.*) ¡Ay! (*Se abrazan.*)

BERTA.—Ya no falta más que almorzar; son las dos.

MARIANO.—¡Valentín, tú almuerzas con nosotros!...

VALENTÍN.—Si os empeñáis... (*Suena el timbre del teléfono. Descuelga el auricular y escucha.*) Sí. (*Con acento irritado.*) ¿Eh? ¡Vaya!

ADELAIDA.—¿Qué pasa?

VALENTÍN.—(*Al aparato.*) Bueno... Bueno... Sí. (*Cuelga. Transición; irritado.*) No puedo comer con ustedes.

ALEJANDRA.—Pues ¿qué ocurre?

VALENTÍN.—Telefonea Raúl, el abogado... Me necesita...

BERTA.—(*Con convicción.*) ¡Otro lío!

VALENTÍN.—Sí. Parece que se le ha escapado la novia con uno. (*En este momento. Gerardo sale por la izquierda; viene fingiendo una gran desesperación. Le sigue Lisa, asustada.*)

GERARDO.—¡No, no! ¡Antes que eso me mataré! ¡Sí! ¡Me mato! (*Coge la pistola que quedó en la mesa y se va por el foro, blandiéndola.*)

LISA.—¡Por Dios! ¡Que se mata! ¡Que lleva una pistola! ¡Que la ha cogido de la mesa!

ADELAIDA.—¡Gerardo!

VALENTÍN.—No hay que apurarse; serenidad. Esa pistola está estropeada... (*Dentro suena el zambombazo de un tiro.*)

LISA.—¡Ay!

VALENTÍN.—(*Asustado también.*) ¡Atiza! (*Por el foro entra Gerardo. Trae los pelos de punta y la pistola cogida con dos dedos, como si fuera un trapito.*)

GERARDO.—¿Dónde pongo esto? ¿Dónde pongo esto? ¡Que se dispara solo!... ¡Que se dispara solo! (*Cuadro. Telón.*)

FIN DE

"UNA NOCHE DE PRIMAVERA SIN SUEÑO"